

25/04/06 JCS
11/24/2008
JBR

0621801

msps

LA ÚLTIMA CENA

Por Velimir

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Personajes
En orden de aparición

| | |
|------------------------------|--------------------------|
| Lorenzo | Estudiante de Leonardo |
| Antonio | Estudiante de Leonardo |
| Marco | Estudiante de Leonardo |
| Salai | Estudiante de Leonardo |
| Fra Bandello | .. Prior del monasterio |
| Leonardo | .. Artista e inventor |
| Maquiavelo | .. Un provocador |
| Sofia | .. Sirvienta de Leonardo |
| Ludovico Sforza | .. Duque de Milán |
| Paparone | .. Su consejero |
| Beatriz | .. Su mujer |
| Roberto | .. Un monje |
| Valentino | .. Otro monje |
| Una mujer | .. En una taverna |
| El Papa | .. No el del Vaticano |
| Caterina | .. Dama de espera |
| El doctor | .. En la corte |
| Guardia #1 | .. En el castillo |
| Guardia #2 | .. En el castillo |
| Hombre #1 | .. En un calabozo |
| Hombre #2 | .. En un calabozo |
| El Abad | .. En el monasterio |
| Hermano Tomás | .. Un monje |

PRIMER ACTO

Primera Escena

El refectorio del monasterio de Santa Maria Delle Grazie, en Milán. Una mañana en el año 1498. La habitación esta en penumbras. En el centro hay un andamio alto de como 10 pies. Una tarpa enorme cubre la pared completa en la parte de atrás del escenario. Debajo del andamio hay varias cajas de herramientas. Cada caja le pertenece a uno de cuatro chicos quienes están trabajando en el refectorio. Los chicos son de 14 a 16 años de edad. El coro del monasterio se oye en el fondo.

LORENZO: ¡Azul!

ANTONIO: No tengo.

LORENZO: ¿Quién mezcla?

MARCO: Salai.

ANTONIO: Salai—

SALAI: Déjame tranquilo, yo no mezclo nada.

LORENZO: Se supone que tú—

SALAI: ¡No me digas que mezcle, Antonio es el que tiene que hacerlo, no yo!

ANTONIO: ¿Quién dice?

SALAI: El maestro.

ANTONIO: A mi no me lo dijo.

SALAI: ¡Pero a mi sí!

LORENZO: ¿Qué llevas ahí?

SALAI: Agua, ¿quieres?

Salai le echa agua a su amigo.

ANTONIO: ¡Basta!

LORENZO: ¡Mari—!

Entra Fra Bandello, el prior del monasterio. Es pequeño, viejo y flaco. Lleva un rosario en la mano.

BANDELLO: ¿Dónde esta? ¿Dónde está metido? *(Pausa)* Tú— ¿por dónde anda, eh?

LORENZO: ¿Quién?

BANDELLO: Tu amo.

LORENZO: No se.

MARCO: Se fué temprano—

BANDELLO: Está con el caballo, ¿verdad?

MARCO: No tengo idea.

SALAI: Yo tampoco.

LA ÚLTIMA CENA

BANDELLO: (*Aparte*) ¿Cómo espera terminar? ¿¡Como!?! Viene y se va, viene y se va— (*Pausa*) A veces está días parado frente a la pintura sin hacer nada, con sus brazos cruzados pensando, siempre pensando. (*Pausa*) El verano pasado, cuando el sol estaba en la cúspide y el calor desolaba las calles de Milán lo vi correr desde el castillo, y sin buscar sombra, se apresuró por la vía más corta y se llegó hasta aquí, le añadió uno que dos toques con el pincel, y se largó. Nunca he visto cosa igual. (*Pausa*) Y estos chicos—jugando y jodiendo como si esto fuera un gimnasio griego. ¿Cuándo va a parar este desastre, cuando?

Entra Leonardo y se le para al lado al monje. Leonardo lleva una libreta y un lápiz. Leonardo tiene como 40 años y es un tipo elegante y bien parecido, con una barba corta y muy bien arreglada.

LEONARDO: Hermano, la mayor parte de mi trabajo se logra antes de aplicar pintura al canvas—o como en este caso, a una pared—Salai, por favor—

Salai esta listo para tirar de la tarpa.

LEONARDO: —lo que quiere decir que la gran parte de mi trabajo esta terminado mucho antes del primer toque del pincel. Es como yo concibo los conceptos de los cuales puedo crear—

Cae la tarpa para enseñar el fresco de La Última Cena, completa (13 pies, 10 pulgadas de alto y 29 pies 7½ inches de ancho), y luminosa. La pintura está casi terminada excepto por los rostros de Jesús y Judas. Bandello mira la pintura mientras Salai se baja del andamio y se para al lado de Leonardo.

BANDELLO: Pero—¡está igual que hace tres meses!

LEONARDO: ¿En serio? ¿No me diga?

BANDELLO: ¡Esto es peor que la inquisición! Usted no es el que tiene que oír a los monjes y al abad quejarse—

LEONARDO: ¿De qué se quejan?

BANDELLO: ¡De la peste a terpentina, del yeso, del ruido! Maestro, ¿cuanto más va durar esta tortura? (*Pausa*) ¡Cualquier otro pintor hubiera acabado ya!

LEONARDO: Marco, no pierdas tiempo, vamos, lava las brochas—los pinceles.

MARCO: Si, maestro.

LEONARDO: ¡Antonio, añade blanco y azul a las ventanas! Salai, ayuda, vámos—

SALAI: Si, maestro.

Los chicos se ponen a trabajar.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: *(A Bandello)* Y usted, no se quede parado ahí como un palo de cera, use su influencia con el Señor y consígame a Jesús Cristo.

BANDELLO: ¿Cómo dijo?

LEONARDO: Le voy a decir porque estoy tardando tanto, hace más de un año que busco a Cristo y al Judas. ¿Dónde puedo encontrar a un hombre con la bendita bondad que se necesita para posar como el Cristo? ¿Y dónde puedo encontrar a un hombre tan odioso, tan malvado que sólo él puede tomar el lugar del Judas? Vamos, vamos, hermano, usted se supone que sepa más de estas cosas que yo.

Bandello va a la puerta.

BANDELLO: Ah, había un hombre buscándolo.

LEONARDO: ¿Su nombre?

BANDELLO: No dijo.

Mutis Bandello.

LEONARDO: *(A Salai)* Mira a ver—

Mutis Salai. Un hombre con capa gruesa y oscura aparece detrás de Leonardo.

MAQUIAVELO: No hay necesidad de mandar al muchacho, maestro.

LEONARDO: ¿Quién está ahí? Adelante, que no lo veo.

MAQUIAVELO: El hombre prudente no sale al descubierto antes de saber si es bienvenido.

LEONARDO: ¡Maquiavelo!

MAQUIAVELO: Ah—¿reconociste la voz—después de tanto tiempo?

LEONARDO: ¡Tu cautela! ¿Qué haces en Milán?

Maquiavelo mira alrededor antes de quitarse el capote. Se saludan como viejos amigos.

MAQUIAVELO: Buscándote.

LEONARDO: ¿Cómo lograste dar conmigo?

MAQUIAVELO: Le pregunté a un pordiosero.

LEONARDO: ¿A un pordiosero?

MAQUIAVELO: Eres tan famoso como el Moro.

LEONARDO: Cierto.

Maquiavelo señala al fresco.

MAQUIAVELO: Pero estás ocupado—

LEONARDO: Como siempre.

Maquiavelo y Leonardo miran la pared.

LEONARDO: ¿Qué crees?

MAQUIAVELO: Creo—que no has terminado.

LEONARDO: *(Rie)* ¡Cierto! He llegado a un atolladero. Todos los elementos están en su lugar desde hace tiempo, excepto la contradicción del mal y el bien. Cada uno indiferente, independiente el uno del otro, pero esclavos al fin, de la sabiduría máxima del Padre todopoderoso.

MAQUIAVELO: Bien, entonces vamos a encontrarnos más tarde. Esta noche, ¿me acompañas a cenar? Así podremos hablar. Tenemos que hablar, sabes—de cosas que definitivamente te convienen.

LEONARDO: De cenar, cenamos en casa, es todo lo que tengo que decir al respecto.

MAQUIAVELO: Como quieras. Pero, te advierto, la próxima vez—

LEONARDO: —la próxima vez asegúrate que no seas tú el extranjero, un desconocido en el pueblo. La próxima vez, asegúrate que sea yo el que este de paso. Entonces estaré más que encantado de hacer como gustes. Pero, mientras estés en Milán, estas a mi merced.

MAQUIAVELO: Bueno, solo espero que les hayas enseñado a los chicos a cocinar.

LEONARDO: ¡De todo menos eso! Ahora sí, tengo una cocinera que es una verdadera artista con la salsa. ¿Dónde te estas quedando?

MAQUIAVELO: En ningún sitio, regreso esta misma noche.

LEONARDO: Te puedes quedar con—

MAQUIAVELO: No es buena idea.

LEONARDO: *(Pausa)* Me alegro verte, ¡caramba!

MAQUIAVELO: Y te vas a alegrar más todavía después de una buena cena y vino—

LEONARDO: Basta ya. Te mandaré a buscar a—

MAQUIAVELO: *(Sonríe)* No hay necesidad, maestro, yo se dónde vives.

LEONARDO: Por supuesto. ¿Qué te parece a las siete?

MAQUIAVELO: A las siete.

LEONARDO: Hasta entonces—

Maquiavelo va hacia la entrada. Cuando esta por salir, Salai entra corriendo y tropieza con Maquiavelo.

SALAI: ¡Ay, le pido disculpas, amo!

MAQUIAVELO: *(A Leonardo)* Estos muchachos son muy—animados.

LEONARDO: ¡Si animados quiere decir mal educados!

LA ÚLTIMA CENA

Mutis Maquiavelo. Salai sube rápidamente al andamio.

LEONARDO: ¡Salai! ¡Te he dicho mil veces que no corras, esto no es un hipódromo, carajo!
¡Están aquí para trabajar, no para darles cantazos a la gente!

SALAI: Si, maestro, lo siento.

ANTONIO: ¡Pobrecito nene lindo, pobrecito Salai!

LORENZO: ¡Pobrecito nene lindo, pobrecito Salai!

LEONARDO: *(A Lorenzo)* ¿No tienes nada que hacer?

LORENZO: *(Abochornado)* Disculpe, maestro.

LEONARDO: *(A Antonio)* ¿Qué esperan? ¡Vamos, a trabajar!

ANTONIO: ¡Si, maestro!

MARCO: Son una partida de vagos—

LEONARDO: ¡Silencio! ¡Concentren en su labor! *(Pausa)* Azul y blanco; plata y oro. El sol de fondo, el verde del pasto puede usar un poco más de esplendor. *(Pausa)* Las ventanas necesitan un poco más definición. *(Pausa)* Ah, si sólo supiera dónde encontrarte, mi señor; si supiera dónde encontrarte Judas. *(Pausa)* Una paradoja. *(Pausa)* Un precioso sueño, una vil pesadilla; una refrescante noche de otoño, una sofocante tarde de verano—agua que se desborda por un cristalino riachuelo en la montaña, una cloaca podrida; luz y el vacío de las tinieblas; el Cristo y el traidor—una magnífica paradoja.

Telón.

Segunda Escena

Más tarde en la noche. Los apartamentos de Leonardo Da Vinci. Son lujosos y cómodos. En el lateral IZQUIERDO hay una chimenea. En el CENTRO un escritorio repleto de papeles y dibujos enrollados y atados con cuerda. En el lateral DERECHO hay una puerta. Al FRENTE una mesa con 6 sillas. En la mesa hay una cantidad de comida, botellas de vino, etc. donde Leonardo y Maquiavelo acaban de cenar. Sofia, la cocinera esta recogiendo la mesa. Ella es una mujer vieja como de 75 años.

Antonio toca la mandolina, Lorenzo escribe, Marco dibuja, y Salai está sentado al lado de la chimenea jugando con un cachoro.

LEONARDO: No es que el chico no tenga talento, no puedo decir eso. Al contrario— (A Lorenzo) —yo creo que tus escritos tienen mucho carisma.

LORENZO: Gracias, maestro.

MAQUIAVELO: Eso no quiere decir que valgan la pena.

LEONARDO: Ah, pero carisma sin talento te puede llevar muy lejos; pero talento sin carisma es muy aburrido. He leído algunos de sus ensayos y a decir verdad, quedé impresionado. Nunca creí que un chico de su edad pudiera manifestar con tanta sinceridad y precisión la calidad humana.

MAQUIAVELO: Entonces, hay que ayudarlo, darle estímulo—

LORENZO: ¡Pero mi padre no quiere!

LEONARDO: El hombre no tranza. Lorenzo tiene que estudiar leyes o meterse a cura. Considerando las alternativas—

MAQUIAVELO: A veces, la adversidad es un gran estimulante.

LEONARDO: Puede que le sea útil a un joven poeta.

MAQUIAVELO: Naturalmente, tu no te puedes convertir en poeta así porque sí. Uno nace poeta, como otros nacen idiotas—

LEONARDO: ¿Oh?

MAQUIAVELO: Es como decir que yo pude haber sido otra cosa más que un Florentino, o que tú, amigo mio, pudiste haber sido otra cosa más que un gran ingeniero; como decir que uno puede decidir ser alto, pequeño; grueso, delgado; rubio, con pelo negro o como quisiera cuando sabes muy bien que es imposible. Si Lorenzo nació para ser poeta, será poeta, y no hay nada que su padre o ninguna otra persona pueda hacer para impedirlo. Ahora, bien, hay buenos poetas, aquellos que nacen con el don de crear una magia que ilumina nuestra comprensión del universo, y hay otros que aunque creen que son poetas no tienen la más mínima idea de lo que significa la palabra. Esperemos que para la tranquilidad de todo el mundo, Lorenzo sea un verdadero poeta y que su talento crezca y madure. Si no, pasará el resto de sus días obligando a sus pobres amigos a leer la mierda que escribe.

LEONARDO: (Rie) ¡Dios nos libre de todo aquel pobre sin talento, pero determinado a ser poeta!

MAQUIAVELO: (A Sofia) Por cierto, la cena estuvo estupenda.

LA ÚLTIMA CENA

SOFIA: Gracias, mi señor, muy caballeroso. A verdad que es lo único que se hacer—no sirvo pa' más na.'

LEONARDO: No se menosprecie, señora—

SOFIA: Somos lo que somos, maestro. Yo nunca fuí gran cosa, no como mis hermanas, sabe—ellas son muy importantes y hasta se juntan con la realeza.

MAQUIAVELO: ¿Oh?

SOFIA: Trabajan en la corte. Oh, pero no me malinterprete, señor, trabajar para el maestro Leonardo tiene su recompensa. Es muy generoso. ¿Sabe que el va al mercado y compra toda clase de pajaritos y en vez de traermelos a mi para que yo los meta en el guisado, los suelta?

MAQUIAVELO: No!

SOFIA: Oh, si, es una persona muy, pero que muy bondadosa, tiene un verdadero corazón de oro.

MAQUIAVELO: Lo se, lo se. Y dígame sus hermanas, ¿que hacen ellas en el—?

SOFÍA: ¿—en el palacio quiere decir?

MAQUIAVELO: Si.

SOFÍA: Avelina es la restregadora.

MAQUIAVELO: ¿La qué?

SOFÍA: “Restregadora.”

MAQUIAVELO: ¿Qué es eso?

SOFÍA: Ella restrega—limpia, sabe—allá 'bajo.

MAQUIAVELO: “¿Allá 'bajo?”

SOFÍA: En el calabozo, dónde tienen los—

MAQUIAVELO: Si, yo se, yo se. Pero, ¿qué es lo que—restrega?

SOFÍA: Todo—sangre más que nada. Es un verdadero lío cuando tienen un cuerpo en el potro de tormento—¿usted sabe? Otra gente le llaman la rueda de la tortura—tiende a estirar las cosas un poco, ¿me entiende? y si no tienen cuidado pueden safar una que otra extremida'—ha pasado, yo lo se. Aunque Avelina me dice que ella los tiene bastante bajo control.

MAQUIAVELO: ¿A quién?

LEONARDO: ¿Perdónenme, pero podemos hablar de algo un poco más agradable?

MAQUIAVELO: (A Sofía) Continúe, por favor, pero recuerde que el maestro tiene un estómago un poco delicado.

SOFÍA: Los muchachos—

MAQUIAVELO: ¿Los muchachos?

SOFÍA: ¡—alla 'bajo!

MAQUIAVELO: (A Leonardo) ¡Los verdugos!

LEONARDO: ¡Si, lo se!

SOFÍA: Personalmente, creo que no es justo, ¿usted sabe? Me dice mi pobre hermanita que ellos la escuchan y tratan de hacerle caso pero son tan dedicados que muchas veces no se pueden contener—tantos son los deseos de complacer al Duque, que mi pobre hermanita se tiene que poner en cuatro—y déjeme decirle, que es bien duro pa' las rodillas— y no tanto pa' las rodillas, porque ella se pone trapos debajo de las rodillas—¡pero pa' la espalda! ¡Líbreme, señor! Mi pobre Avelina se pasa todo el día—

Sofía imita a un cepillo.

SOFÍA: Schicki, schicki, schicki, schicki—

MAQUIAVELO: (*A Leonardo*) Muy simpático.

SOFÍA: Y entonces está Maria, la más pequeña, es tan dulce y muy hermosa. Maria es la que prueba la comida del Duque.

MAQUIAVELO: Eso puede ser peligroso.

SOFÍA: ¿Usted cree?

LEONARDO: Gracias, Sofía, se puede retirar.

MAQUIAVELO: No, espere, espere. Maestro! Le suplico, un poco de paciencia. Esto puede ser una gran fuente de información. (*A Sofía*) ¿Es verdad que muchos de los que se dedican a probar la comida de realeza mueren ejerciendo su oficio?

SOFÍA: Eso es lo que dicen, ¿usted sabe? Pero, a decir verdad, ¿quién sería capaz de hacerle daño a nuestro querido príncipe o a su hermosa Beatriz? No hay un príncipe más generoso y bueno, y este pueblo nunca ha estado en mejores manos. La gente lo quiere mucho, en verdad y a ella también.

MAQUIAVELO: ¿Entonces, usted cree que su hermana no corre riesgo?

SOFÍA: Así es. Bueno, por lo menos no por envenenamiento intencional, aunque siempre hay gente que no sabe cocinar.

MAQUIAVELO: ¿Oh?

SOFÍA: ¡Hace poco pasamos esa clase de susto! Es que traen a este patán Napolitano a cocinar al palacio. Un día le da por ponerse artístico y decide entre otras cosas, preparar hígado en una salsa espesa con zetas, cebollas y vino. Usted sabe lo traicionero que puede ser el hígado. ¡Pa' que fué aquello! Maria se enfermó y el Moro creía que se había envenenao. La pobrecita mejoró, sí, pero no antes de hacerse caca encima, además de vomitar el hígado, las zetas y las cebollas—

LEONARDO: ¡Gracias, Sofía!

SOFÍA: (*Rie*) Al cocinero lo torturaron y lo ahorcaron antes que mi hermanita se levantara de la cama.

Maquiavelo se rie a carcajadas.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Salai—

SALAI: Si, amo?

LEONARDO: Haz algo, (*señala al perro*) Saca al hermano Bandello de aquí. Antonio, Marco, ayuden a Sofia.

SOFÍA: No necesito ayuda, maestro, yo todavía soy una mujer fuerte, si lo soy. Además, ellos no hacen nada más que molestar.

LEONARDO: Ayúdenla, por favor.

ANTONIO: Si, maestro.

Sofía y los chicos salen con los platos y vasos.

MAQUIAVELO: ¡Me encanta!

LEONARDO: Lo se.

MAQUIAVELO: ¿Te puedes imaginar la mirada del tipo—parado en el patíbulo con una soga al cuello, y todo porque la criada se cagó encima!

LEONARDO: Me vas a decir que te trae a Milán?

MAQUIAVELO: Ah, si, por supuesto. Es algo que puede ser de gran beneficio para tí. (*Pausa*) Hace tiempo que espero con mucha paciencia un cambio en los vientos partidarios, haber en que dirección soplan.

LEONARDO: ¿Y?

MAQUIAVELO: Soplan en dirección a Roma—hacia una familia de origen ibérico—

LEONARDO: ¿Los Borgia? ¡Nunca creí ver el día en que Nicolás Maquiavelo se uniese al papa español!

MAQUIAVELO: (*Voz baja*) ¡Leonardo, por favor!

Maquiavelo para de hablar y regaña a Leonardo con su mirada.

MAQUIAVELO: Da la casualidad que uno de los personajes principales—

LEONARDO: Por favor, no me digas que vamos a pasarnos la noche entera hablando en acertijos. Vamos, hombre, no hay nadie presente, y si lo hubiera, no tendrían idea de lo que estamos hablando. (*Pausa*) Dime, para quien trabajas, Alejandro el papa, César, o la bella Lucrecia?

MAQUIAVELO: No importa. (*Pausa*) Mira, hace un par de años—en Florencia, tu me dijiste de una idea para una clase de arma—

LEONARDO: ¿Arma?

MAQUIAVELO: ¿No recuerdas? Hasta me la describiste

Leonardo camina a su escritorio del cual saca un par de diseños enrollados. Se los enseña a Maquiavelo.

LEONARDO: ¿Te refieres a estos?

MAQUIAVELO: No se, ¿que son?

LEONARDO: Una bomba. La diseñe con aletas para que pudiera ser disparada desde un cañon pequeño. Este es un vehículo armado con armas de fuego montadas en la parte de arriba para proteger a los soldados que se mantienen detrás.

MAQUIAVELO: ¿Y que rayos es esta cosa?

LEONARDO: Un bote sumergible—

MAQUIAVELO: ¿Sumergible?

LEONARDO: —que se esconde en el fondo del mar y sale a la superficie para atacar a los barcos enemigos. *(Pausa)* Y estos son los planes para fortalecer a Milán y proteger la ciudad de una invasión.

Leonardo guarda los diseños y regresa a su invitado.

MAQUIAVELO: *(Pausa)* ¿Has construido alguno?

LEONARDO: No.

MAQUIAVELO: Pero no sería muy difícil

LEONARDO: No, sólo muy caro.

MAQUIAVELO: Estos aparatos, ¿de que podrían ser capaz?

LEONARDO: ¿Qué quieres decir?

MAQUIAVELO: En una guerra.

LEONARDO: Juntos—podrían convertirse en un arsenal invencible.

MAQUIAVELO: Y con un gran lider— *(Pausa)* ¿Cómo te gustaría ser el ingeniero militar de más importancia—?

LEONARDO: ¿Sirviendo a los Borgia?

MAQUIAVELO: Sirviendole a César. El te necesita.

LEONARDO: Ah, entonces es César—

MAQUIAVELO: Estás perdiendo tu tiempo. César te admira muchísimo. En Roma serías una persona muy importante, el está dispuesto a ser más que generoso contigo—el sabe lo que tu talento podría significar para el.

Maquiavelo agarra los diseños.

MAQUIAVELO: Este es tu futuro. No tengo duda. Tus ideas y conceptos son— profesías.

(Pausa) Pero una idea, una visión no es nada más que un sueño a menos que se logre. *(Pausa)*

Y tú, mejor que nadie sabes que los sueños tienden a acumularse, a adormecer el intelecto, haciéndonos perder tiempo y convirtiéndonos, no en visionarios, sino en inválidos.

LEONARDO: *(Pausa)* Es verdad—me encantaría saber si funcionan—yo creo que si, pero no hay manera de saberlo—

LA ÚLTIMA CENA

MAQUIAVELO: —a menos que se construyan— *(Pausa)* ¿Qué dices? Empaca todo—traite los chicos si quieres. Ven a Roma. César tiene la fortuna de la iglesia a su disposición. Imagínate—¡una fuente de dinero sin límite para inventar el futuro!

Leonardo camina de lado a lado.

LEONARDO: Es cierto que estoy cansado de pintar paredes, de producir espectáculos, hacer arreglos para torneos, festivales y hasta fajas para la princesa—la Fiesta del Paraíso fué un gran éxito. Pero nunca hay dinero. Tú no sabes lo que yo tengo que hacer para que Ludovico me pague—Ingeniero militar, ¿eh?

Leonardo corre a su escritorio y saca otro diseño el cual se lo muestra a Maquiavelo.

LEONARDO: ¿Ves esto? Nunca vas a adivinar lo que es. Es un arma de fuego, pero no un arma de fuego común y corriente, no, dispara proyectiles—miles—uno detrás del otro a increíble velocidad. ¡Cómo una lluvia de fuego! Si la montas en una torre, podrías destruir a miles de soldados enemigos en minutos. Esto puede revolucionar el arte de la guerra, es más, ¡puede hasta acabar con las guerras en el mundo!

MAQUIAVELO: ¿Acabar con la guerra?

LEONARDO: Seguro. Estas armas son tan efectivas—

MAQUIAVELO: Quieres decir mortales—

LEONARDO: —sí—y nadie se atrevería a hacerles frente.

MAQUIAVELO: Instrumentos para la manipulación política. Inmediatamente que amenazas con ir a guerra, el enemigo se rinde.

LEONARDO: Espera—

MAQUIAVELO: ¿Qué sucede?

LEONARDO: ¿Qué sería de Ludovico? Los Borgia y los Sforzas no son muy amigos que digamos.

MAQUIAVELO: Olvídate del Moro, piensa en la patria, hay que unir la patria.

LEONARDO: Digo, yo sé que Ludovico a veces es un hombre difícil, pero es un hombre bueno. Si no hubiera sido por él—entiende que yo era nadie antes de llegar a Milán. El Moro me recibió con los brazos abiertos y me ayudó a convertirme en lo que soy. Es verdad que a veces se me hace imposible cobrar lo que me deben, pero de una manera u otra—además, me permite gran libertad en mi trabajo. Me ha dado una oportunidad como a nadie. Tú pretendes que construya armas para un tipo como César Borgia. Es muy probable que las termine usando contra Ludovico.

MAQUIAVELO: ¿Y?

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Tú sabes que los Borgia son una partida de asesinos, empezando por el papa Alejandro—su incestuosa Lucrecia y el mismo César. Matan a cualquiera si les conviene.

MAQUIAVELO: Eso no es verdad. César es de carácter fuerte e impetuoso pero es un hombre de gran virtud, un príncipe noble, exactamente lo que Italia necesita; un hombre que no le teme a nada, que se atreve a hacer cualquier cosa para lograr su destino. Leonardo, a Ludovico no le queda mucho tiempo. Tarde o temprano los franceses marcharán en contra de Milán—

LEONARDO: Sin duda, con la ayuda del papa.

MAQUIAVELO: ¿—y que te va a pasar a tí? Y a tus—amiguitos? Tienes que velar por tus intereses.

Leonardo señala que no con la cabeza.

LEONARDO: No puedo hacerlo.

MAQUIAVELO: ¿Cuánto necesitas?

LEONARDO: No tiene que ver con dinero.

MAQUIAVELO: Pero, ¿qué clase de patriota eres? Pintando paredes, ¿eso es lo que te interesa? Sentado en tu casa; vestido como un rey, conforme, indiferente; disfrutando de buen vino y rodeado de tu lindo establo de discípulos.

LEONARDO: César Borjia mató a su propio hermano para satisfacer su sangrienta ambición por el poder. Piensa en esto, si es capaz de asesinar a su hermano, que no haría con nosotros una vez llegue al trono. Yo no voy a caer bajo el control de un despota homicida.

MAQUIAVELO: Ven a Roma, conócelo personalmente—

LEONARDO: ¿Yo, reunirme con César Borjia?

MAQUIAVELO: Escuchalo. Escucha lo que tenga que decir y entonces decides. ¿Eso es justo, no?

LEONARDO: Tú pretendes que yo vaya dónde Ludovico y le pida unas vacaciones, que deje de trabajar en el caballo, en la Cena, dos proyectos enormes—para viajar a Roma a reunirme con su enemigo? Por favor, ¿quién es el inocente aquí? Eso es imposible.

MAQUIAVELO: Te lo pido como amigo.

LEONARDO: Te lo agradezco, pero no es justo.

MAQUIAVELO: ¿Justo? Qué no es justo?

LEONARDO: Tu propuesta, ¡no es justa!

MAQUIAVELO: ¿Porqué no?

LEONARDO: ¡Ludovico el Moro es mi amigo!

MAQUIAVELO: No seas infantil. Tú no eres más que otro sirviente de la corte.

LEONARDO: *(Pausa)* Puede que Ludovico no tenga el genio para reprimir y abusar de su gente, como los Borgia—es un hombre sencillo, sin pretensiones, un hombre que se deleita en la música, en el arte y la poesía—y tú esperas que yo le de la espalda a un hombre como ese y abraze al bestia de César Borgia. ¡Nunca!

MAQUIAVELO: *(Pausa)* ¿Y si yo te aseguro que las armas que tu diseñes o construyas—si te garantizo que no se usaran contra Ludovico?

LEONARDO: Pensaría que eres un hombre simpático que dice y hace cualquier cosa por salirse con la suya.

MAQUIAVELO: Tú tendrás control de las armas.

LEONARDO: ¿No me digas? Y si me niego a obedecer las ordenes de César Borgia, ¿sabes lo que me pasaría? Peor de lo que le paso a su hermano. Habla de otra cosa, no voy a cambiar de parecer.

MAQUIAVELO: *(Pausa)* Bien. Entonces, ¿que vas a hacer con tus inventos?

LEONARDO: No se.

MAQUIAVELO: En malas manos—

LEONARDO: —como las de César Borgia.

MAQUIAVELO: ¡Es un gran lider, puede liberar nuestra patria de la ocupación!

LEONARDO: ¡César Borgia es un corrupto príncipe de Roma!

MAQUIAVELO: ¡El usa la influencia del papa! Solo César conoce las reglas del juego; solo César tiene el valor, la determinación e inteligencia para ganar, ¡para lograr que Italia vuelva a la gloria de su pasado!

LEONARDO: *(Pausa)* ¿Un poco más de vino?

Maquiavelo coloca el vaso en la mesa.

MAQUIAVELO: Yo tengo un talento increíble—conozco la debilidad humana. *(Pausa)* No me importa si el individuo es un parásito de la comunidad; un cura, un príncipe, o un mendigo. Yo puedo ver más allá de las proclamas y los sellos que certifican los mandatos divinos—veo más allá de las vestimentas de gran lujo con oro bordado—y reconozco al hombre por lo que es—*(Pausa)* —al príncipe que no es nada más que un parásito, al cura que quiere ser príncipe porque siempre ha sido un parásito—y al mendigo que le puede enseñar al príncipe y al cura una que otra cosa. *(Pausa)* Estamos viviendo en una época extraordinaria, nada es lo que aparenta, los secretos y las tinieblas son indispensables. *(Pausa)* Dime algo—tu chico—

LEONARDO: ¿Perdón?

MAQUIAVELO: Ese chico tuyo—

LEONARDO: ¿Cual de ellos?

MAQUIAVELO: El de pelo rubio.

LEONARDO: ¿Salai?

MAQUIAVELO: Si.

LEONARDO: ¿Qué pasa con él?

MAQUIAVELO: ¿Dónde lo encontraste?

LEONARDO: ¿Dónde lo encontraste?

MAQUIAVELO: Si— (*sonriendo*) Tú sabes lo que quiero decir, la verdad, vamos.

LEONARDO: ¿Porqué?

MAQUIAVELO: Curiosidad, nada más. Es un chico muy bello. Me lo imagino como uno de tus ángeles. ¿Dónde encontraste a tu Salai? ¿Ese no es su nombre, verdad que no?

LEONARDO: No. Su nombre es Jacobo—yo le digo Salai. Lo encontré ambulando las calles hace—como tres años, en el día de Santa Magdalena. Su padre lo estaban ahorcando en la plaza.

MAQUIAVELO: ¿No me digas?

LEONARDO: —por robar la sacristía.

MAQUIAVELO: Y tu disfrutabas del espectáculo mientras el infeliz hacia—“plop?”

LEONARDO: Me pagaron por dibujar la ejecución.

MAQUIAVELO: Ah—

LEONARDO: Bueno, y ahí estaba, con lápiz en mano, tomando nota—dibujando cuando sentí una manita tratando de levantar mi cartera. Salai tenía no más de diez años. Lo agarré por el cuello, y a la verdad que sentí ganas de que participara personalmente del drama que se desarrollaba en la plaza, cuando me doy cuenta que el hombre colgando del cuello unos metros al frente de nosotros era nada más y nada menos que su padre. Creo que robar era la manera en que Salai honraba su memoria. Desde entonces esta conmigo. Es un buen muchacho.

MAQUIAVELO: Su padre era un ladrón y sabe Dios lo que era su madre. Lo más seguro el niño nació en un boquete infestado de ratas por dónde se arrastraba en la mierda hasta que creció y salió al mundo a mendigar y a robar. Hay muchas maneras de cambiar a una persona como Salai y todas tienen que ver con darle a conocer al Creador. Nada lo va a cambiar, ni casa, ni comida, ni ropa nueva—ni palabras dulces ni el miedo del infierno haran mucha diferencia.

LEONARDO: No lo creo, tú no lo conoces como yo.

MAQUIAVELO: (*Sonríe*) Estoy seguro. ¿Porqué no se lo das al cuidado de los hermanos?

LEONARDO: ¿Para que se convierta en un fanático? No, gracias, Salai esta bien dónde está. Es un chico muy sensitivo y cariñoso.

MAQUIAVELO: Igual que su papá, igual que la escoria humana que esquivamos y le pasamos por encima cuando caminamos por las gloriosas calles de la ciudad. Tú crees que Salai cambió de presa de patíbulo a monaguillo. El te mira con esos ojos grandes azules y te derrite el corazón; te convence que ha cambiado, cuando a decir verdad, es mucho mejor ladrón y mentiroso que antes. Leonardo, el mundo es un círculo vicioso de decadencia y debilidad humana. ¿Cuándo vas a entender esa simple realidad? El mal engendra el mal.

De pronto, Marco y Antonio entran corriendo y haciendo alboroto. Sofía les

LA ÚLTIMA CENA

persigue con una escoba. Salai y Lorenzo entran últimos.

SOFÍA: ¡Canallas, largo de aquí, largo!

MARCO: Espere, ¡yo no tuve nada que ver!

ANTONIO: ¡Basta ya!

LEONARDO: ¿¡Qué significa este escándalo!? Marco, ¿es esta la manera de comportarse frente a nuestro invitado? ¡Estoy horrorizado!

LORENZO: Pero—

SOFÍA: ¡Sinvergüenzas, esos es lo que son, una partida de sinvergüenzas!

ANTONIO: ¡Pero no hicimos nada, maestro, en serio!

SALAI: Lo único fué—

SOFÍA: ¡Tratan de volverme loca!

Los chicos se echan a reír y Sofía les cae encima con la escoba.

ANTONIO: ¡Eso duele!

LEONARDO: ¡Si les va a pegar, hágalo en otro lado!

Sofía para de pegarles a los chicos.

SOFÍA: Si, maestro.

LEONARDO: Creo que ya es hora que se retiren.

MARCO: Si, amo.

ANTONIO: Si, señor.

Todos excepto Salai, hacen mutis. El chico se queda atrás. Mira a Leonardo.

SALAI: Buenas noche, maestro.

LEONARDO: Buenas noche.

Mutis Salai.

SOFÍA: ¿Eso es todo, maestro?

LEONARDO: ¡Si, gracias!

Mutis Sofía. Maquiavelo se prepara para irse.

MAQUIAVELO: Un chico muy bien parecido, no hay duda—tan inocente—pero tu gusto siempre fué de primera. Gracias por la cena.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: De nada, aquí a tus ordenes.

MAQUIAVELO: Eres un anfitrión sin igual.

LEONARDO: Y tú un invitado muy divertido. Ah, dos florentinos buscando fortuna en Milán.

Maquiavelo indica que 'no' con la cabeza y se señala a si mismo.

MAQUIAVELO: Un florentino que encontró su fortuna— (*señala a Leonardo*) —y un florentino con su fortuna saliendo por la puerta.

Maquiavelo se pone su capa.

MAQUIAVELO: (*Pausa*) Te debo informar que tu precioso Salai es, después de todo, un ladrón.

LEONARDO: ¿Cómo?

MAQUIAVELO: Estoy seguro que tiene mi portamonedas. Afortunadamente, yo siempre ando con dos. Llevo una bolsa al frente con muy poco, sabes—para frustrar a los ladrones—y la otra la llevo en la parte de atrás con el resto del dinero.

LEONARDO: Yo—

MAQUIAVELO: Color castaño, con un borde plateado. Sabes una cosa, es muy bueno, sumamente ágil. Menos mal que estoy acostumbrado. Fué tan repentino, esta mañana, cuando salía del refectorio. ¿Te acuerdas que chocó conmigo? Al principio creí que había sido un accidente, pero entonces me di cuenta que me faltaba la bolsa de monedas. No hay porque molestarse, como te dije, no fué gran cosa lo que se robó. Te lo digo porque creo que es importante que conozcas las verdaderas inclinaciones de tu adorado Salai. Buenas noches, maestro.

Mutis Maquiavelo. Leonardo va hasta la ventana. Pausa.

LEONARDO: ¡Salai! ¡Giacomo!

Entra Salai.

SALAI: ¿Maestro?

LEONARDO: Siéntate—aquí. (*Pausa*) Así que estas volviendo a tus viejas mañas?

SALAI: ¿Cómo?

LEONARDO: ¿No sabes que Maquiavelo puede arrancar tu linda cabeza, llenarla con plomo derretido y colgarla a la entrada del pueblo?

SALAI: Yo—yo—

LEONARDO: Me dijo que le llevaste su portamonedas—¡esta mañana!

LA ÚLTIMA CENA

SALAI: ¡No es cierto!

Leonardo mira cuidadosamente a Salai.

LEONARDO: ¿Y de que le vale al Señor Maquiavelo mentir? ¿Me puedes explicar eso? *(Pausa)*
¡Robándole a mis invitados, esto si que es grande!

Salai llora.

LEONARDO: Nada de lagrimas, ¡no, no, no! No tienes porque llorar.

SALAI: ¡Yo le prometí—le juré que no volvería a robar, y me dijo que iba a confiar en mi!

LEONARDO: ¿Y debo hacerlo?

Leonardo le seca las lagrimas al niño y le da un beso.

LEONARDO: Tu sabes que te quiero mucho, que eres muy especial para mi. No te le acerques a hombres como Maquiavelo. Es un tipo muy peligroso.

Salai coge la mano de Leonardo y se la pone en la mejilla, luego le da un beso.

El chico se sienta a los pies de Leonardo manteniendo la mano del maestro en la suya.

LEONARDO: Maquiavelo, que será lo que tramas, amigo mio. No puedo negar que me tienta la idea de ser ingeniero militar, de tener todos esos recursos—ah, los sueños que podría hacer realidad. *(Pausa)* Sueños; es muy posible que nunca sean nada más que eso; sueños y fantasías de mi mente que no descansa.

Telón.

Tercera Escena

La próxima tarde. Las habitaciones del Duque. En el centro hay una mesa grande con muchos diseños y un modelo del monumento del caballo. Ludovico Sforza revisa papeles. A su lado está el modelo del caballo. El Duque es un hombre como de 40 años y de piel oscura.

LUDOVICO: ¡Paparone! *(Pausa)* ¡Paparone!

Paparone, su consejero entra del lateral DERECHO. Es un hombre de sesenta, con pelo gris y bastante delgado.

PAPARONE: ¿Excelencia?

LUDOVICO: Lo llamé dos veces.

PAPARONE: Me disculpo, pero atendía a la princesa.

LUDOVICO: ¿Dónde está?

PAPARONE: En el jardín contando mariposas.

LUDOVICO: Cont—¿Porqué?

PAPARONE: Me imagino que debido a que es una dama tan joven y tan inocente que su curiosidad no ha formulado la complejidad de una persona mayor—como nosotros—y siendo tan joven e inocente, sus caprichos, tales como averiguar cuantas mariposas habitan en los jardines del palacio le estimulan su tierno y femenino intelecto.

LUDOVICO: Una perdida de tiempo, sin duda alguna.

PAPARONE: Ah, si, pero perder tiempo es la prerogativa de la mujer —como gastar una fortuna en un caballo de bronce es la prerogativa del príncipe.

LUDOVICO: Si, bueno, ya—ahora bien—¿qué demonios quieren decir estos números? ¿Es que me está diciendo que no puedo terminar el caballo?

Ludovico le enseña los papeles a Paparone.

PAPARONE: Es un proyecto muy caro. Maestro Leonardo esta pidiendo—no perdón, el no pide, el ha ordenado tanto bronce para el caballo que no se de dónde lo vamos a sacar. Es tanta la cantidad que se necesita, de acuerdo al maestro Leonardo, que—o compramos el bronce en el exterior, lo cual va a costar muy, pero que muy caro, o derretimos la mitad del arsenal de los cañones que protegen la ciudad—lo cual es más caro aun.

LUDOVICO: ¿No hay otra manera?

PAPARONE: Se podría establecer un impuesto, vamos a decir un impuesto equestre—para todo aquel ciudadano dueño de más de un caballo—para el caballo.

LUDOVICO: El—caballo es muy importante.

PAPARONE: Lo comprendo—

LUDOVICO: Es magnífico.

PAPARONE: Cuesta demasiado.

LUDOVICO: ¿Y si yo dijera que no importa lo que cuesta?

LA ÚLTIMA CENA

PAPARONE: Usted puede decir lo que guste.

LUDOVICO: No olvide que el caballo es un monumento a mi padre, quien estará a las riendas del mismo.

PAPARONE: Pero—majestad, ¿porqué tiene que ser tan enorme?

LUDOVICO: Para impresionar.

PAPARONE: Por lo que simboliza, no por su tamaño.

LUDOVICO: *(Pausa)* Bueno, quizás se puede hacer más pequeño. Hablaré con Leonardo.

Entra Beatriz, acompañada de su ama en espera. Ella tiene unos 22 años, es bella y firme de carácter.

LUDOVICO: ¡Miren quien llegó! Estaba preguntando por ti. ¿Cuántas encontraste?

BEATRIZ: ¿Cuántas? ¿Cuántas qué?

LUDOVICO: Mariposas.

BEATRIZ: Ah, no se, perdí la cuenta cuando iba por cinco mil quinientas cincuenta. *(Pausa)*
¡Oh—que maravilla!

Se le acerca al modelo del caballo.

BEATRIZ: ¡Es exquisito!

LUDOVICO: ¿Te gusta?

BEATRIZ: Seguro, me encanta todo su trabajo—pero tú sabes eso. ¿Dónde esta? *(Pausa)* No lo veo—

LUDOVICO: No se. Si quieres mando por el. Aunque tiene mucho que hacer. Pero, no importa, estoy seguro que por ti el maestro Leonardo haría cualquier cosa, mi amor.

BEATRIZ: No, creo que es mejor si me doy un salto y le hago una visita. ¿Está en Corte Vecchia?

LUDOVICO: Yo—

Ludovico mira a su consejero.

PAPARONE: Lo más probable—es que esté en el monasterio.

Ludovico toma a su esposa en los brazos.

LUDOVICO: Todavía mejor. Así puedes ver como anda la *Cena*—

PAPARONE: Lentamente. *(A Ludovico)* Lleva más de tres años pintando esa pared.

LUDOVICO: ¿Tanto tiempo?

PAPARONE: Tanto tiempo.

LA ÚLTIMA CENA

LUDOVICO: En parte es mi culpa, le sigo dando cosas que hacer.

PAPARONE: Es verdad, pero al hombre le encanta improvisar, un lujo que usted no se puede dar, majestad, recuerde quien paga las cuentas.

LUDOVICO: Tres años es mucho tiempo—creo yo.

PAPARONE: Yo no tengo duda.

BEATRIZ: Quiero que me haga un traje para el baile de la semana que viene. *(Pausa)* ¿Se puede, verdad que sí?

LUDOVICO: ¡Naturalmente! *(A Papparone)* ¡Le digo, no hay quien compita con ella!

BEATRIZ: No te voy a pedir que vengas conmigo porque se que no lo haras, así que—¡vuelo a repartir un poco de—inspiración!

Beatriz le da un beso a su marido y sale con su compañera.Pausa.

LUDOVICO: *(Suspira)* ¿Porqué será que cada vez que se me acerca me siento como un imbecil?

PAPARONE: La belleza y la juventud son una combinación irresistible, majestad—tienden a adormecer los sentidos de aquellos pobres que no tienen la misma buena fortuna.

LUDOVICO: *(Pausa)* ¿Algo más?

PAPARONE: Si. *(Pausa)* Lamentablemente no podemos todos mantenernos en la disposición alegre de la princesa. Le debo informar que Nicolás Maquiavelo está en el pueblo.

LUDOVICO: ¿Maquiavelo? ¿Y que rayos hace aquí?

PAPARONE: Nada—por ahora.

LUDOVICO: *(Pausa)* ¿A quién se le ha vendido esta vez?

PAPARONE: Dicen por ahí que Maquiavelo está trabajando para César Borgia.

LUDOVICO: Un príncipe noble, no hay duda.

PAPARONE: El cual nos convertiría a todos en fantasmas.

LUDOVICO: ¿Cree que Maquiavelo está de pasada?

PAPARONE: No.

LUDOVICO: Yo tampoco. Que lo arresten.

PAPARONE: Majestad—creo que sería más prudente si no hacemos nada por el momento.

LUDOVICO: ¿Porqué? Es un pajarero de mal agüero.

PAPARONE: Si, pero si lo encarcelamos, no vamos a poder averiguar que es lo que lo trae a Milán. Me gustaría saber si hay otros provocadores enviados por César Borgia escondidos por ahí. *(Pausa)* No se apure, majestad, lo tengo muy bien vigilado. *(Pausa)* Hasta ahora, Maquiavelo no ha hecho nada—excepto ir a cenar anoche con el maestro Leonardo—en los apartamentos del maestro. Estuvieron juntos hasta las once y media.

Ludovico mira intensamente a su consejero.

LA ÚLTIMA CENA

PAPARONE: Me extrañó un poco— (*Pausa*) —pero debemos tener mucho cuidado y no asumir nada. Yo no creo por un momento que el maestro Leonardo este implicado en algo—político. Todo lo contrario, el no cree en la política, la considera inferior a su arte. Estoy seguro que hay una explicación.

LUDOVICO: (*Pausa*) Maquiavelo es de Florencia, como Leonardo.

PAPARONE: Así es.

LUDOVICO: Es posible que sean amigos desde hace mucho.

PAPARONE: De acuerdo. Y es posible que lo de anoche haya sido una visita de cortesía, de carácter social y nada más.

Pausa. Ludovico le pasa la mano al caballo.

LUDOVICO: (*Pausa*) A usted no le agrada Leonardo.

PAPARONE: Es verdad. Tenemos la misma falta de admiración el uno por el otro. Estoy convencido que el maestro Leonardo es un mentecato, un imbecil repugnante y profano, cuyo interés primordial son las nalgas de sus niños y el decorado de paredes. (*Pausa*) No puedo imaginar su opinión de mi.

LUDOVICO: (*Pausa*) Maquiavelo—¿está viajando sólo?

PAPARONE: Por el momento.

Pausa.

LUDOVICO: Manténgame al tanto—

PAPARONE: Ciertamente. ¿Algo más?

Ludovico no presta atención.

LUDOVICO: No—

PAPARONE: Entonces, lo dejo sólo para pueda reflexionar sobre el destino—del caballo.

Mutis Paparone. Ludovico se sienta y mira hacia el vacío. LUCES caen lentamente.

Telón.

Cuarta Escena

El refectorio. Leonardo y los muchachos trabajan en el fresco Después de un momento, Leonardo se baja del andamio y se pone a admirar su obra caminando de un lado a otro.

LEONARDO: ¿Qué te parece, es real?

SALAI: ¿Real?

LEONARDO: ¿Te lo crees? Cuando miras la pintura, sientes como si estuviera pasando algo estupendo, algo fantástico, ¿crees de verdad que ese acontecimiento que vemos ahí arriba pudo transformar nuestra civilización?

SALAI: Mmm, todavía no.

Pausa. Leonardo mira al chico y luego a la pintura.

LEONARDO: ¡Esto es peor que una cruzada!

LORENZO: Usted solo tardó un año en la Adoración—

ANTONIO: Y menos tiempo en el Anunciación.

LEONARDO: No eran tan complicados. Quizás, quizás es demasiado para mi, quizás estoy tratando algo que no debería. He llegado al límite de mi talento. Es posible que no pueda terminarlo.

LORENZO: ¿Cómo? ¡No terminar!

MARCO: Pero, ¡maestro!

Leonardo señala al Cristo y al Judas en el fresco.

LEONARDO: ¡Si no encuentro a esos dos!

Salai mira a los otros chicos. El maestro arroja en pincel al suelo, y le da de patadas a algunos de los instrumentos, etc.

LEONARDO: ¿Porqué? ¿Porqué un fresco? ¿Porqué no algo sencillo, algo fabuloso—en canvas? Los hermanitos lo podrían colgar en la pared, llevarlo de adorno en la cabeza, como penitencia, ¡qué me importa a mi! Te digo una cosa, *(Señala)* ¡en menos de un año no vas a reconocer nada! Se va a empezar a pelar y a llenar de grietas. Los colores que ves, tan llenos de vida y de luz, desaparecerán. El mantel perderá sus detalles y no se va a poder apreciar nada. Todo porque quieren un fresco. ¡Pintar al fresco es cosa de aficionados! *(Pausa)* ¡Monjes, frescos! ¡Arghhhh!

Leonardo mira a Salai y lo agarra por el pelo.

LEONARDO: ¡No se te ocurra convertirte en uno de ellos!

SALAI: ¿Yo, un monje?

LORENZO: ¡Si, tú, lindo Salai!

ANTONIO: Lindo Salai, ¿un hermanito?

Salai y los otros se ríen.

SALAI: No lo creo, maestro.

Entra Bandello.

BANDELLO: No, no entiendo nada.

LEONARDO: ¿Qué es lo que no entiende, hermano? Dígame, por favor, no me mantenga en suspenso. ¿Qué? Una fórmula matemática muy complicada, quizás? Una expresión de devoción de parte de un árabe?

BANDELLO: ¿Será posible que a mi me pasa algo?

LEONARDO: Muy posible.

BANDELLO: Algo malo en los ojos.

LEONARDO: Bien posible.

BANDELLO: Y no importa, ¿verdad, que no?

LEONARDO: ¿Qué?

BANDELLO: ¡Qué año, qué mes, qué día, o qué hora! ¡Cada vez que miro esa pared no veo cambio alguno, es siempre lo mismo!

LEONARDO: ¡Seguro que ha habido cambios!

BANDELLO: ¿Dónde?

LEONARDO: ¿Dónde?

BANDELLO: Enseñeme. ¿Qué ha cambiado en esa pintura desde la semana pasada? ¡Enseñeme! No, no, no vamos a ser tan exigentes—no, señor, no—por favor, maestro, le ruego que me enseñe que ha cambiado en la pintura ¡en los últimos seis meses!

LEONARDO: Mi querido hermano—

Leonardo sube el andamio y señala con una brocha.

LEONARDO: Hace una semana el bollo de pan era una manzana, no una interpretación bíblica, pero mi aprendiz no es un experto en la materia.

MARCO: ¡Qué sabia yo!

LEONARDO: —y naturalmente la manzana tuvo que ser reemplazada con la ilustración apropiada. Entonces aquí, como verá, tenemos el dedo de Tomás que estaba un poco largo—lo corté por la mitad.

ANTONIO: Maestro, el pez—

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: ¡El pez, el pez. Si, hace dos semanas que llené el plato de Pedro y Andrés con un pez, aquí— (*Señala*) —como símbolo de su vocación. Así, que como puede ver, hermano—

BANDELLO: ¿Eso es todo?

Leonardo tira la brocha al suelo y se baja del andamio.

LEONARDO: ¡No se porque trato, verdaderamente no lo se! Hágame el favor y déjeme tranquilo! ¡Cómo si yo no tuviera suficiente! (*Pausa*) Le voy a explicar algo, mi queridísimo hermano Bandello, ¡mientras usted se encuentra arrollado en la cómoda santidad de su capilla, sus ojos decaídos y melancólicos dirigidos a la santa madre en torno a la gloria y la felicidad, yo me jodo la vida pintando paredes y subiéndole por el gigantesco culo a un caballo!

Bandello empieza a llorar.

BANDELLO: ¡Y por los últimos dos años y medio la congregación completa de monjes ha tenido que comer en los pasillos porque no tienen comedor dónde sentarse! ¡Usted tiene que terminar *La Última Cena*, yo no aguanto más, por favor! ¿Es que no tiene imaginación?

LEONARDO: ¿Imaginación? ¿Qué me quiere decir con eso?

BANDELLO: ¡Invéntelos, por favor, se lo ruego! ¡Tenga piedad!

LEONARDO: ¡Pero, será posible! Usted no estará insinuando— (*Pausa*) Muchachos, recojan sus cosas. ¡Nos vamos!

Los muchachos paran de trabajar. Salai baja del andamio y va a su caja dónde mete sus brochas y trapos, etc. Bandello para de llorar y una mirada de pánico se le nota en el rostro.

LORENZO: ¿Se—va?

SALAI: ¿Nos vamos?

BANDELLO: ¿Qué quiere decir con que se va?

LEONARDO: Es claro que usted no nos necesita. De cierta forma, me alegro. ¡Ahora le puedo dedicar todo mi tiempo al caballo el cual es mucho más agradecido que usted!

BANDELLO: Un momento, ¡usted no se puede ir!

LEONARDO: (*A Antonio*) Ahí va de nuevo diciendome lo que puedo y no puedo hacer.

Leonardo y los chicos con sus cajas se dirigen hacia la puerta de entrada.

BANDELLO: Maestro, por favor, ¡es que usted no comprende!

LEONARDO: ¡Ahora no comprendo!

LA ÚLTIMA CENA

BANDELLO: ¡Se lo ruego!

LEONARDO: (A Salai) ¿Listo?

SALAI: Si, maestro.

Bandello persigue a Leonardo.

BANDELLO: Maestro, perdóneme, por favor, lo siento—no sabía lo que estaba diciendo, no era mi lugar—

LEONARDO: Lo perdono. Por eso es que no le pienso decir nada Ludovico. Voy a dejar que usted le explique al Moro que ya no estoy trabajando en la *Cena*, que me largué indignado después de que usted tuvo la osadía y la impertinencia—Oh, a él no le va a gustar nada, es muy probable que lo tire en un calabozo para que nunca más se meta con gente como yo.

BANDELLO: ¡Piedad, tenga un poco de misericordia!

LEONARDO: (A Lorenzo) Primero me dice que no puedo hacer esto y aquello. ¡Finalmente me acusa de que no soy comprensivo. Digo, yo no tengo porque aguantar este abuso!

BANDELLO: Nadie puede terminar el fresco, nadie excepto el gran Leonardo!

LEONARDO: No, está equivocado, seguro que sí. Usted puede terminarlo, mi querido hermano—¡use su imaginación!

BANDELLO: ¡Estaba equivocado!

LEONARDO: ¿No me diga?

BANDELLO: ¡Sí, estaba equivocado!

LEONARDO: Me voy como quiera.

El monje se arrollida y empieza a llorar de nuevo.

BANDELLO: ¡No, por favor, se lo suplico, no nos abandone!

Leonardo mira al monje, suspira y ayuda al hombre a que se levante.

LEONARDO: ¿Porqué no me puede dejar tranquilo? Dígale al abad que se meta en su negocio. Yo voy a terminar cuando termine, ni un segundo antes, ni un segundo después. ¡Y ni usted, ni el abad, ni mi queridísimo príncipe Ludovico Sforza, mejor conocido como el Moro van a interferir con mi labor!

Bandello le toma la mano a Leonardo y la besa.

LEONARDO: ¡No, basta ya—vamos, deje eso!

Leonardo lleva el monje a la entrada.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Hermano, aunque usted no lo note, hemos adelantado muchísimo. Pero hay que tener paciencia. *(Pausa)* Ahora, se lo advierto, ¡la próxima vez que venga a molestarme, me largo de todo esto y no me ve más!

BANDELLO: *(En voz baja, humilde)* Pero, maestro, ¿qué pasará si no encuentra lo que busca? Un hombre con la divina gracia del Nazareno—¡que falleció en la cruz hace más de mil años! ¿O, un hombre con el alma infectada de odio y traición como lo era el Judas? Va a tener que ir hasta las puertas del infierno para encontrar alguien así—¡no le estoy sugiriendo que lo haga!

LEONARDO: Si es necesario. ¿Algo más?

BANDELLO: Bueno—

LEONARDO: Vamos, hermano, que no tengo tiempo que perder.

BANDELLO: *(Pausa)* Anoche llegó un monje, del Ticino, quizás lo quiera ver.

LEONARDO: ¿Para?

BANDELLO: Es posible que le caiga bien—

LEONARDO: ¿Y porqué usted quiere que me caiga bien?

BANDELLO: Quiero decir, quizás es lo que está buscando.

LEONARDO: ¿Para?

BANDELLO: Para la pared.

LEONARDO: *(Pausa)* Y ¿para quien posaría el monje?

BANDELLO: ¡Para el Cristo, por supuesto!

LEONARDO: ¿Está seguro? Porque yo he conocido muchos monjes que pueden personificar al Judas.

BANDELLO: ¿Lo quiere ver o no?

LEONARDO: *(Pausa)* Muy bien. *(Pausa)* ¿Qué puedo perder además de tiempo? ¿Cómo se llama?

BANDELLO: Roberto.

Mutis Bandello.

LEONARDO: ¡Qué nombre más peculiar!

ANTONIO: ¿Porqué?

LEONARDO: Para un monje. La mayoría llevan nombres de santos o algo así.

LORENZO: Antonio—

MARCO: ¡Pablo!

ANTONIO: ¡Francisco!

SALAI: ¡José!

ANTONIO: ¡Pedro!

LORENZO: ¡Roberto!

LEONARDO: *(Pausa)* No, no suena bien.

LA ÚLTIMA CENA

Entra Beatriz con su dama en espera, Caterina. Leonardo no las ve. Salai le hala la manga a Leonardo mientras señala a las damas.

LEONARDO: ¡Majestad!

Leonardo las recibe con gran pleitesía.

BEATRIZ: Espero que no lo estemos molestando, maestro.

LEONARDO: Eso es imposible. Salai, una silla, ¡rápido!

BEATRIZ: No, no, maestro, se lo ruego—

Salai para y se queda al lado de Leonardo.

BEATRIZ: No puedo quedarme mucho rato. *(Pausa)* Lo hemos echado de menos en la corte.

LEONARDO: Ah, si—una condición que espero se rectifique pronto. Por ahora, estoy endeudado con su ilustre príncipe el cual, por razón que desconozco, se siente en la obligación de otorgarnos trabajo para los próximos trescientos años.

Beatriz se rie.

BEATRIZ: Maestro, necesito su consejo.

Ella le toma la mano al Maestro y lo lleva a un lado.

BEATRIZ: Vamos a tener un baile de máscaras y quiero ponerme algo especial.

LEONARDO: ¿Hay un tema en particular—?

BEATRIZ: No, pero es que no le he dado mucha cabeza. Por eso vine dónde usted.

LEONARDO: *(Pausa)* El tema podría ser los cuerpos celestes y usted puede ir vestida de luna y su majestad Ludovico vestido como el sol. Lo único es que naturalmente, durante la noche completa usted le va a tener que estar dando la vuelta al Moro.

BEATRIZ: *(Pausa)* ¡Me encanta, si! Oh, pero me puedo marear.

LEONARDO: Si, pero se lo puede achacar al vino.

BEATRIZ: *(Rie)* ¡Usted es terrible! *(Pausa)* ¿Y me va a dar una ayudita, verdad qué sí?

Tenemos tiempo—el baile es la semana que viene—el viernes.

LEONARDO: Encantado. ¿Qué tal mañana, a eso de las cuatro?

BEATRIZ: Perfecto.

LEONARDO: Tengo varios diseños—bellos—que nunca use para la Fiesta del Paraiso. *(Pausa)* Creo que le van a gustar mucho.

BEATRIZ: Gracias, maestro!

LA ÚLTIMA CENA

Beatriz se vuelve y admira el fresco.

BEATRIZ: Caterina—¿no crees que es absolutamente estupendo?

CATERINA: Y grande.

BEATRIZ: Esos dos espacios—las dos caras—¿es a propósito?

LEONARDO: No, desafortunadamente, tengo un problema.

BEATRIZ: ¿Oh?

LEONARDO: Estoy tratando de lograr algo que tenga cierta validez histórica, pero encontrar alguien que represente el Cristo y al Judas es más difícil de lo nunca me imagine.

BEATRIZ: Ya veo, sí—

LEONARDO: Por eso no está terminado.

BEATRIZ: Bueno, estoy segura de que hará lo que tiene que hacer y mi esposo quedará muy satisfecho. *(Pausa)* Adiós, maestro.

Beatriz le da la mano a Leonardo y sale inmediatamente. Leonardo la observa de lejos con una mirada de frustración y luego, se vuelve al fresco.

LEONARDO: ¿Cómo demonios pretenden que acabe? ¡No se puede trabajar así! ¡Un baile de máscaras, muchas, pero que muchas gracias, Señor!

SALAI: Maestro—

Roberto, un monje entra y se para en la entrada. Es joven, como de 20 años con cabello largo y luminoso, que le llega hasta los hombros. El monje es muy amanerado.

ROBERTO: Oh, perdone usted, busco al maestro Leonardo.

Los chicos se ríen. Leonardo les da una mirada que los controla inmediatamente.

LEONARDO: Y lo encontré. Entre, por favor.

ROBERTO: Es usted—

LEONARDO: Sí, lo soy.

ROBERTO: El hermano Bandello me dijo que—

LEONARDO: Lo se, lo se.

ROBERTO: *(Un poco molesto)* Le suplico me perdone si lo estoy molestando—

LEONARDO: Perdóneme, estoy siendo rudo, es que—

ROBERTO: No importa, no importa—el hermano Bandello me dijo que usted manda, estoy a su merced.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: El hermano Bandello hace cualquier cosa por que yo termine. Siéntese, por favor.

Leonardo señala a una banqueta pero el monje no se sienta.

ROBERTO: Prefiero estar parado.

LEONARDO: Marco, un lápiz. Lorenzo, la libreta—

Marco le da un lápiz desde el andamio y Lorenzo la libreta. Luego, los chico vuelven a su tarea. Leonardo se dirige a Roberto y vuelve y señala a la banqueta.

LEONARDO: Por favor.

ROBERTO: No.

LEONARDO: Perdón—

El monje esta parado en el centro del refectorio mientras Leonardo se sienta en una banqueta frente al monje. Pausa. Leonardo piensa, dibuja unas lineas y para de dibujar.

LEONARDO: Perdóneme, pero esto no funciona. Necesito que se siente.

ROBERTO: ¿Porqué?

LEONARDO: Porque necesito la adecuada perspectiva y eso va a ser imposible mientras usted permanezca parado y yo sentado.

ROBERTO: Entonces, póngase de pie.

LEONARDO: No puedo hacer eso.

ROBERTO: ¿Porqué?

LEONARDO: Porque entonces no puedo dibujar.

Leonardo se levanta y le lleva la otra banqueta al monje. Este finalmente se sienta con una mirada humilde y seria.

LEONARDO: Gracias.

Leonardo le vuelve la cara a Roberto pero en cuanto se sienta, el monje vuelve la cara.

LEONARDO: Por favor, no se mueva.

Roberto vuelve a su posición original y Leonardo continúa dibujando.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Yo se que esto es todo nuevo para usted—

ROBERTO: Si, lo es. Yo vengo de un pueblo chico y—

LEONARDO: Si, me lo dijo el hermano Bandello. ¿Siempre quiso ser monje?

ROBERTO: Siempre.

LEONARDO: ¿Porqué?

ROBERTO: ¿Porqué?

Roberto vira la cara hacia Leonardo.

LEONARDO: ¡Por favor!

ROBERTO: *(Humilde)* Perdóneme.

LEONARDO: *(Pausa)* ¿Qué lo motivó a unirse a la orden?

ROBERTO: Le quería ofrecer mi vida a Cristo. Cristo es amor. El amor es vida. Yo soy joven y me siento— *(Suspira)* —lleno de vida. *(Pausa)* ¿Porqué quiere mi retrato?

LEONARDO: Estoy recreando *La Última Cena*—ahí en la pared. Hace tiempo que busco a alguien para que modele para el Cristo.

ROBERTO: ¿Cómo dijo? Usted me quiere decir que va a poner mi cara— *(Pausa)* ¡No puede hacer eso!

LEONARDO: ¿Porqué no?

ROBERTO: ¡Yo soy sólo un pobre infeliz, insignificante y pecador! ¡No puedo pretender—no puedo, no puedo!

LEONARDO: No se preocupe, amigo.

ROBERTO: ¡No, no! La santísima imagen de nuestro Señor Jesús Cristo sería violada por mis rasgos. ¡Por favor, no! ¡Borre lo que ha hecho! ¡Por favor!

Roberto se echa a llorar y esconde su cara en sus manos. Leonardo está confundido y no sabe que hacer. Trata de consolar al hombre.

LEONARDO: No hay nada de malo, caramba—

Antes de que Leonardo pueda decir algo más, Roberto sale corriendo del refectorio.

LEONARDO: Espere, ¿a dónde va?

Leonardo se enoja. Mira su libreta.

MARCO: No se parece a Cristo en nada—

ANTONIO: A la virgen, quizás.

LA ÚLTIMA CENA

Salai baja los pulgares. Leonardo rompe el dibujo.

LEONARDO: ¡Me voy antes de que me vuelva loco! ¿Porqué no hacen algo que valga la pena—como limpiar este desorden? Antonio, hace falta lejía—

ANTONIO: Si, maestro.

LEONARDO: Y pigmento—haz una lista inmediatamente de todo y sal a buscarlo—no tiene sentido dar más de un viaje.

MARCO: ¿Ahora?

LORENZO: Tampoco hay azul.

LEONARDO: Consigue cuatro bolsas.

LORENZO: Si, maestro.

LEONARDO: Regreso en un rato. Voy a coger un poco de aire!

SALAI: ¿Puedo ir—?

LEONARDO: ¡No! *(Pausa)* Lo siento, es mejor que no.

Acaricia la cara del chico, se vuelve y sale del refectorio. Salai lo sigue con su mirada. Pausa. Sin que se de cuenta, Marco se le acerca por detrás. Los otros muchachos lo ven y se unen al juego.

MARCO: ¡Lindo Salai!

SALAI: ¡Callate!

MARCO: ¡Lindo, lindo Salai—!

ANTONIO: ¿Qué te pasa, lindo Salai?

LORENZO: Tu amo se fué y te dejo solito. Pobre, lindo Salai—monito Salai—

ANTONIO: ¡Cómo una nenita! Hay ¡pero que rizos dorados tan bellos!

MARCO: *(A Lorenzo)* Lo escuche jugando en la cama de su amo—

LORENZO: ¿¡No!?

MARCO: Anoche, ¿verdad muñequito?

ANTONIO: Si, yo también lo oi gozando—

SALAI: ¡Dejame quieto!

MARCO: ¡No te gusto! Yo te puedo hacer gozar también.

Marco trata de jugar con el pelo de Salai pero este lo rechaza.

SALAI: ¡Basta!

LORENZO: ¡Está enojado!

ANTONIO: Es que el pertenece sólo a su amo.

MARCO: ¿Dime, que hacias en la cama con tu amo? ¿Te besó mucho, mucho, mucho?

ANTONIO: ¿Y que tú le hiciste a el, nene lindo?

LA ÚLTIMA CENA

SALAI: ¡Chingate un cabro!

MARCO: Es lo único que puedo hacer desde que mi amo no me quiere—tú eres su preferido.

ANTONIO: ¿Vienes con nosotros o que? ¡Decídet!

MARCO: Estas tan rico que no me gustaría dejarte solito.

Marco trata de agarrar a Salai por detrás, pero antes Salai se le escapa y se monta en el andamio, riéndose de Marco.

SALAI: Eres muy lento, mi lindo Marcolindo, muy lento, grande y gordo para el lindo Salai!

MARCO: ¿No me digas?

Marco lo persigue pero Salai brinca del andamio al suelo como un acrobata.

LORENZO: ¡Ha!

ANTONIO: ¡El gato no puede con el pajarito!

Salai le tira besos y se burla de Marco.

SALAI: ¡Pobrecito, Marcolindo! El maestro siempre me coge—pero tú no!

Marco agarra una brocha, la sumerge en pintura y se la lanza a Salai. El chico esquiva la brocha, la recoge del suelo y se la tira de vuelta a Marco dando en La Última Cena, y causando una gran mancha. Los muchachos se paralizan. Pausa.

LORENZO: ¡Carajo!

ANTONIO: ¡Qué bien!

LORENZO: ¡Mierda!

Marco esta horrorificado. El trata de desmontarse del andamio y cuando corre de un lado a otro, el andamio se cae al suelo. Toda la estructura se viene al piso.

Marco cae con un gran estruendo y las brochas, los pinceles, y la pintura se riegan por todas partes.

LORENZO: ¡Santa Madre de Dios!

ANTONIO: ¿Puedes hacerlo otra vez? Te quedo muy bien—eres tan y tan delicado.

MARCO: ¡No es culpa mia, el empezo!

SALAI: ¿No me digas?

LORENZO: No importa—

ANTONIO: En absoluto.

LORENZO: Los van a guindar a los dos.

Se miran el uno al otro.

LA ÚLTIMA CENA

MARCO: ¿Qué carajos vamos a hacer?

LORENZO: Orar.

MARCO: Hay que decírselo al maestro—

SALAI: ¿Estás loco?

LORENZO: (A Marco) ¿Y tu crees que no se va a dar cuenta?

ANTONIO: (A Lorenzo) Una pregunta—¿era la intención del maestro cubrir el pez con mierda?

LORENZO: (Rie) No, no lo creo.

ANTONIO: (Rie) Yo tampoco.

Un monje entra sin que los chicos se den cuenta. El hombre se para a un lado y observa. Su cabeza esta cubierta con su capucha. El monje se llama Valentín.

MARCO: ¿Tú crees que esto es gracioso?

LORENZO: No, no creo que es gracioso—

ANTONIO: Yo creo que el pez se tiene que ver, sino no tiene sentido.

MARCO: (A Lorenzo) ¡Es tu culpa!

SALAI: ¡Tiene razón!

ANTONIO: ¿Dijiste algo, mi amor?

LORENZO: Mi culpa, ¿no me digas?

SALAI: Tu eres el mayor.

MARCO: —y se supone que mantengas orden. (A Antonio) Y tú—

ANTONIO: Olvídate, no soy el mayor ni soy niñera. ¡Váyanse al carajo todos!

SALAI: ¡No importa!

VALENTÍN: ¡Dios mio! ¿Qué paso aquí? ¿Nos invadieron los Franceses?

LORENZO: Un accidente.

VALENTÍN: ¿Accidente? ¿Tú le llamas accidente a esta catástrofe?

El va de un chico a otro.

VALENTÍN: (Sonrie) Parece que los han sentenciado a muerte. Ah—veo, tienen miedo de lo que pueda decir el maestro.

LORENZO: ¡No, de lo que hará!

VALENTÍN: ¿Y piensan quedarse ahí cogiéndose pena?

MARCO: ¡No podemas hacer nada!

VALENTÍN: ¿Porqué no arreglas y limpian—?

LORENZO: ¿Y la pintura?

Valentín camina hasta la pared y examina el daño.

VALENTÍN: Mmm, si, eso es un poco más complicado. (A Marco) ¿Porqué tú no lo arreglas?

LORENZO: ¡El no puede hacer eso!

VALENTÍN: ¿Porqué no?

ANTONIO: (*Confuso*) No entiendo.

Al fin Marco cae en cuenta.

MARCO: ¡Seguro que sí!

VALENTÍN: ¿No son estudiantes del maestro? Caramba, si no pueden pintar ese pedacito, digo, nadie les está pidiendo que pinten uno de los apóstoles.

LORENZO: ¡Se va a dar cuenta!

VALENTÍN: Naturalmente que sí, pero creo que lo van a encontrar un poco más tranquilo si arreglan el daño. Han cometido un error, no hay duda, pero se ve que están arrepentidos, ¿no?

LOS MUCHACHOS: ¡Sí!

VALENTÍN: Reparen el andamio y limpien bien todo— (*A Marco*) —mientras ellos hacen eso, arregla la pintura.

ANTONIO: ¿Y si viene alguien?

VALENTÍN: Dicen la verdad. (*Pausa*) Me voy—díganle al maestro Leonardo que el hermano Valentín lo estaba procurando y—regresaré más tarde.

Mutis Valentín.

MARCO: (*A Lorenzo*) ¡Es una gran idea!

ANTONIO: ¡Nadie se va a dar cuenta!

LORENZO: ¡Qué esperas, ponte a trabajar!

Todos trabajan excepto Salai quien sigue al monje con la mirada.

LORENZO: (*A Salai*) ¿Vas ayudar o no?

ANTONIO: ¡Esto es culpa tuya, así que—vamos a ver!

Con gran energía, Salai se une a los otros, riendo y brincando.

SALAI: ¡Voy, voy! (*A Marco*) Es tu culpa, Marcolindo, toda culpa tuya!

Los chicos rien mientras se ponen a trabajar. La ESCENA se va a NEGRO.

Telón.

Quinta Escena

Una taverna. Todo esta en tiniemblas y el lugar mete miedo. Hay putas vendiendose, niños siendo vendidos; y asesinos y maleantes contemplando su próxima victima. Sólo se oye un susurro. Leonardo está sentado sólo en una mesa. En la mesa hay un receptaculo de vino y un vaso. El se ve fuera de lugar y lanza miradas de un lado a otro.

Una Mujer se le acerca a Leonardo.

MUJER: Y lo que yo quiero saber es que un tipo como tú hace aquí to solito, no lo entiendo.

Pausa. Leonardo trata de ignorar a la Mujer.

MUJER: ¿No te aburres? Nadie te hace—compañía. Me sentiría honrada de estar contigo—¿que me dices, ah macho?

LEONARDO: No, gracias.

La Mujer juega con el pelo de Leonardo.

LEONARDO: ¡Déjeme tranquilo!

MUJER: ¡Cómo no! Personalmente creo que todos debemos hacer lo que nos guste. Pero sigo insistiendo que debes estar acompañado.

LEONARDO: Perdone, pero lo prefiero así. Estoy buscando algo y no tiene nada que ver con usted. ¿Eso no es muy difícil de entender, verdad que no?

MUJER: ¿Difícil? ¡Nah!

La Mujer se sienta al otro lado de Leonardo.

MUJER: Mira, cariñito, ¿porque no vienes conmigo? Te puedo enseñar cosas que no te imaginas— (*Susurro*) Te he estao echando el ojo, tú sabes—¿cómo te gustaría algo tierno—delicao?

LEONARDO: ¿Cómo fue?

MUJER: Tengo dos nenas que están para—comerselas, ¡preciosas! Pálidas y con la piel tan suave—yo se que te van a encantar. Les gusta hacer feliz, tú sabes, estoy segura que te volverían loco. ¡Y tienen una clase de imaginación! Hay un jueguito que a ellas les fascina—

Leonardo se siente incomodo mientras la mujer casi se le trepa encima.

MUJER: Se trepan en tu cama y poco a poco se quitan la ropita—primero la camisita de florecitas—hasta que enseñan sus tetitas color de rosa—seguido por las falditas—¡son tan lindas!—hasta que se quedan ¡como yo las traje al mundo! Entonces, empiezan a acariciarte mientras ellas se besan—y después te besan a ti— (*Pausa*) ¡Pero eso no es todo!

LEONARDO: ¡Váyase, por favor!

LA ÚLTIMA CENA

MUJER: Se te montan encima, una por un lado y otra por el otro y te empiezan a comer de arriba abajo. ¿Sabes lo que pasa—? ¡Es que tienen tanta energía! ¿Pero que puedo hacer? Solo tienen diez añitos.

LEONARDO: ¡Basta, por favor!

La Mujer se desamina un poco.

MUJER: Digo, si prefieres, también tengo un nene, pero te va a costar un poco más caro, porque na' más tiene seis años. Ahora, dejame decirte, que es mejor que sus hermanitas, y lo hace todo el solito. ¡Es un amor!

LEONARDO: Dios mio, mujer, ¿pero es que me esta tratando de vender sus hijos?

MUJER: ¿Vender mis hijo? *(Indignada)* ¿Quién ha dicho nada de vender? *(Pausa)* ¿Porqué, que estás pensando?

LEONARDO: ¡Esto es increíble!

MUJER: ¡Es que les gusta ganarse su plata, tu sabes! Hazme una oferta, vamos, ¿que me dices? Tres capullitos como esos—

LEONARDO: ¡No estoy interesado, gracias!

La Mujer esta por irse un poco enojada, pero regresa donde Leonardo.

MUJER: ¿Quieres algo—tieso? Pa' mi que es un poco macabro—

LEONARDO: ¿De qué habla?

MUJER: Uno que esté quieto y frio—

LEONARDO: ¡Usted es repugnante!

La Mujer se le queda mirando a Leonardo.

MUJER: ¡Ay, pero no te ofendas! Si lo que estoy tratando de hacer es darte un poco de alegría. ¡Carajo, que hombre más raro!

La Mujer está por irse cuando un hombre increíblemente feo, grande y amenazador entra en el lugar y se sienta en una mesa de esquina. El hombre lleva una barba y pantalla. Leonardo se le queda mirando. La Mujer nota que Leonardo está mirando al hombre.

MUJER: Ya veo—

LEONARDO: ¡Espere! Ese tipo que acaba de entrar, ¿cómo se llama?

MUJER: Uyyy, yo andaría con mucho cuidado si fuera tú. Es un tipo muy peligroso. Es capaz de estrangularte sin pensarlos dos veces.

LEONARDO: ¿Cómo se llama?

LA ÚLTIMA CENA

MUJER: ¿Cómo se llama? ¡Qué se yo! No tiene nombre, como tú no tienes nombre, como nadie en este sitio tiene nombre. Es la cosa más curiosa, amorcito, la cosa más curiosa, en cuanto entran por esa puerta, es como si nunca los hubieran bautizado. Somos 'tos bastardos aquí. *(Rie)* Pero, si quieres, te digo lo que le llaman.

Leonardo tira un par de monedas en la mesa.

MUJER: ¿Eso es 'to? *(Pausa)* Le dicen el papa.

LEONARDO: Qué nombre tan raro.

MUJER: No es su nombre, te dije que aquí nadie tiene nombre.

LEONARDO: ¿Porqué le dicen el papa?

MUJER: ¡Qué se yo! Quizás es un tipo religioso, uno nunca sabe. Pregúntale, ¿quieres que te consiga una cita con el papa?

LEONARDO: Si.

La Mujer rie y camina hacia El Papa. Leonardo se queda nervioso. La Mujer se le acerca al Papa. Leonardo los observa. De pronto la Mujer se rie en voz alta y mira al maestro. Finalmente la Mujer regresa dónde Leonardo...

MUJER: Te espera.

Ella se dirige a la barra. Leonardo lo piensa por un momento; mira al hombre de lado, se da un trago de vino para calmar los nervios, y camina hasta la otra mesa.

EL PAPA: *(Sin mirarlo)* ¿Qué quiere?

LEONARDO: Perdóneme—

EL PAPA: ¡Váyase a la mierda! ¿Qué carajo quiere? No soy maricón, así que si eso es lo que busca, esta perdiendo su tiempo—y mi paciencia.

LEONARDO: No, no—

EL PAPA: ¡Hable!

LEONARDO: Bueno, cómo ya veo que es usted un hombre muy ocupado, voy al grano—quiero que modele para mi.

El Papa se vira y mira a Leonardo, de arriba a abajo y suelta una carcajada. Leonardo agarra una silla y se sienta.

EL PAPA: ¿Quién le dió permiso para que se sentara?

LEONARDO: Yo no necesito permiso para sentarme, amigo.

EL PAPA: ¡Yo no soy su amigo, maricón!

LEONARDO: Y a menos que me escuche no va a ser amigo de nadie. Voy a hacer que lo arrastren por la barba y lo cuelguen en la plaza, ¿entendió lo que dije?

LA ÚLTIMA CENA

El Papa brinca de la silla, saca un cuchillo enorme y lo clava en la mesa, al lado de la mano de Leonardo. Leonardo no se mueve.

EL PAPA: Yo le arranco la pinga, se la meto por la boca y se la saco por el culo antes que diga pio. *(Pausa)* ¡Aguanta! No, ¡lo más seguro es que le guste!

El Papa se calma un poco y vuelve a sentarse.

LEONARDO: De nuevo, ¿quiere posar para mí? *(Pausa)* Le voy a decir algo, a mí no me importa lo que usted hace—ni me interesa saber su nombre—pero tengo que terminar una pintura y llevo tres años buscando un hombre como usted—con sus rasgos y características—lo que indica que para mí, usted es único. Sólo lo necesito por media hora y estoy dispuesto a pagarle—

EL PAPA: ¿Cuanto?

LEONARDO: Más de lo que gana usted sin tener que matar a nadie.

EL PAPA: ¿Cuanto?

LEONARDO: Seis soldi.

EL PAPA: No es suficiente.

LEONARDO: ¿No me diga?

EL PAPA: No es suficiente.

LEONARDO: Muy bien, siete.

EL PAPA: No.

LEONARDO: Un momentito, ¿quién se cree usted que es? Siete soldi por—

EL PAPA: —una cara que no ha podido encontrar en tres años, una cara única, eso fué lo que dijo.

LEONARDO: Cierto.

EL PAPA: No es suficiente plata.

LEONARDO: Bueno, ¿y cuanto pretende que—?

EL PAPA: El doble.

LEONARDO: ¡Cómo!

EL PAPA: Me oyó.

LEONARDO: ¿Doce soldi? Pero, ¿estad usted loco?

EL PAPA: Catorce.

LEONARDO: ¡Olvídense!

EL PAPA: Entonces, ¡váyase al carajo y déjeme tranquilo!

LEONARDO: Bien, bien— *(Suspira hondo)* Catorce soldi. Pasado mañana—al amanecer, vaya al monasterio Delle Grazie.

EL PAPA: Así lo hare.

LEONARDO: Ha sido un placer—

Leonardo se levanta y sale de la taverna. El Papa se rie a carcajadas. Telón.

Sexta Escena

A la misma hora. La habitación privada de Ludovico. El Duque y Beatriz están sentados; el lee y ella teje. Están solos.

LUDOVICO: ¿Fuiste a ver Leonardo?

BEATRIZ: Si. Oh, tienes que ver la *Cena*—está increíblemente bella.

LUDOVICO: Así es que debe ser.

Beatriz se echa para atrás en su silla.

BEATRIZ: Oooph.

LUDOVICO: ¿No te dije cuando la iba a terminar?

Beatriz no contesta. Se levanta y camina hasta Ludovico.

LUDOVICO: Te pregunté si Leonardo dijo— *(Pausa)* ¿Qué te sucede? ¿No te sientes bien?

Beatriz se apoya contra su marido.

BEATRIZ: No—de repente me siento—

Antes de que termine la oración, Beatriz se cae al suelo.

LUDOVICO: ¡Beatriz!

Ludovico la ayuda mientras grita por ayuda.

LUDOVICO: ¡Guardia! ¡Guardia!

Dos guardias del palacio entran inmediatamente.

LUDOVICO: ¡Tú busca el doctor! ¡Muevete! Marcelo, ayudame a ponerla en la cama—

El guardia le da una mano al Duque.

LUDOVICO: Mi amor, ¿qué te pasa, qué te sucede?

BEATRIZ: *(Voz apagada)* No—no se—tengo calor.

LUDOVICO: ¡Ahora viene el doctor!

BEATRIZ: No es nada, no te preocupes. *(Pausa)* Me voy a—

Las puertas se abren y el doctor con el segundo guardia entran en la habitación.

LUDOVICO: ¡Hace un minuto que estaba—!

LA ÚLTIMA CENA

El doctor examina a la princesa.

BEATRIZ: *(Grita con dolor.)* Ahhh!

LUDOVICO: Beatriz!

DOCTOR: ¿Qué comió?

LUDOVICO: Carne—pero yo comí de lo mismo—y lo probaron antes de—

BEATRIZ: Ludovico—¡me duele!

LUDOVICO: ¿Dónde, dónde mi amor? El doctor esta a tu lado—dile dónde te duele.

BEATRIZ: Yo me—me duele la barriga— arghhh!!!

LUDOVICO: Doctor, por favor, ¡haga algo!

De pronto, la princesa trata de respirar hondo, grita, trata de levantarse, y se cae de la cama.

LUDOVICO: Beatriz!

El Duque la coge en sus brazos, llorando y tratando de revivirla.

LUDOVICO: Beatriz—No—¡despierta! ¡Beatriz!

LUCES disminuyen lentamente.

LUDOVICO: ¡Amor! ¡Beatriz!!!

Ludovico grita desconsoladamente mientras nos vamos a negro.

Telón.

Fin del Primer Acto

SEGUNDO ACTO

Primera Escena

Más tarde. El refectorio. Todo está en orden. El daño al fresco ha sido reparado así como el andamio. Hay una escoba en el medio del refectorio y varios papeles en el piso. El coro canta en el fondo. Pausa. Los chicos entran cargando bolsas de pintura, etc. Salai no esta con ellos.

ANTONIO: Oh, Dios, ¡espero que no se de cuenta! ¡Oh, Dios!

LORENZO: ¡Cállate, que sueñas como una vaca vieja!

Marco pone su carga debajo del andamio.

MARCO: Esta perfecto, no hay manera de saber lo que pasó.

ANTONIO: Ya tú verás, ya tú veras—

LORENZO: ¡Ya está bien!

ANTONIO: ¡No, no está nada de bien! ¿Porqué culparme a mi cuando yo no tuve nada que ver con nada? ¿Dónde esta Salai?

LORENZO: El fue—

MARCO: Muñequito, mi lindo Salai, ¿dónde estás escondido?

Buscan a Salai.

LORENZO: ¡Come mierda!

Leonardo entra.

LEONARDO: ¿Come mierda? ¿Oi bien? ¿Y que pasó aquí?

MARCO: ¡Maestro!

LEONARDO: Muy bien, buen trabajo.

Leonardo se sube al andamio, busca una pincel. Los muchachos se miran el uno al otro.

LEONARDO: ¿Dónde—dónde está Salai, y dónde esta el yeso? ¡Salai!

LORENZO: No está.

LEONARDO: ¿El no se quedo con ustedes esta mañana?

ANTONIO: Si, pero—el iba a—

LORENZO: —a barrer mientras nosotros fuimos a comprar los materiales. Mira que desorden, dejo tirada la escoba.

Lorenzo recoge la escoba.

LEONARDO: ¿Y?

ANTONIO: ¿Qué?

LEONARDO: ¿Dónde esta?

LA ÚLTIMA CENA

ANTONIO: Lo más seguro fué a comprar dulces.

LORENZO: —de anís, su favorito—

LEONARDO: Vete búscalos. No quiero perder más tiempo. ¿Consiguieron todo lo que les dije?

LORENZO: Si, maestro. Pero—

Marco y los otros tienen pánico escrito en sus rostros.

LEONARDO: Te ves preocupado, ¿qué pasa? ¿Qué sucede?

MARCO: Tuvimos un—pequeño accidente, y creo que lo debe saber.

Antonio se sienta, esta deprimido. Esconde la cara en sus manos.

ANTONIO: ¡Ay, Dios mio!

LEONARDO: Yo lo se.

ANTONIO: ¡Lo sabe!

LORENZO: ¡No fué a proposito!

LEONARDO: También lo se—un descuido, pero no fué a proposito.

LORENZO: ¿Cómo—?

MARCO: ¿Cómo lo supo? ¿Quién se lo dijo?

Leonardo baja del andamio y va dónde los chicos.

LEONARDO: Marco retocó el fresco, prueba de que algo sucedió. *(Pausa)* Deja ver—me imagino que se pusieron a jugar, en ves de trabajar, a perseguirse el uno al otro u otro poca verguenza por el estio. Uno de ustedes, probablemente Marco, subió al andamio, y le tiro a alguien un instrumento—creo que fué una brocha o algo así. Su víctima le devolvió el tiro, y en vez de darle a Marco le dio al fresco—en el plato con el pez, para ser más exacto aun. *(Pausa)* Cuando vio el desastre, a nuestro amigo le dió pánico y al tratar de bajarse del andamio a toda prisa, el andamio se vino al piso.

MARCO: ¿Porqué yo, porqué?

LEONARDO: Porque tú eres el más grueso.

LORENZO: Fué Salai el que tiró—

LEONARDO: Me lo imagine.

LORENZO: ¿Cómo se dió cuenta?

LEONARDO: Distinguido e ilustre aprendiz, si quieres ser pintor, tienes que desarrollar el hábito de la observación. *(Pausa)* El pez esta re-tocado, lo note en cuanto me subí al andamio. Es un trabajo excelente, pero, yo estaría muy mal si no me diera cuenta de la diferencia en estilos, entre el estilo del estudiante y el estilo del maestro. Además, el yeso todavía esta humedo y yo termine el pez hace tiempo. Otra cosa, llevo trepándome a ese andamio casi tres años, subiendo y bajando, bajando y subiendo—docenas de veces al día.

LA ÚLTIMA CENA

VALENTÍN: Lo comprendo, parecían estar muy ocupados—

LEONARDO: Ah, ya veo. ¿Es usted nuevo aquí? No lo había visto antes—

VALENTÍN: Llegue ayer, de Bérghamo. *(Pausa)* Dígame, maestro, cuanto le toma pintar algo tan majestuoso como—esto?

Señala al fresco.

LEONARDO: Depende—uno meses—

ANTONIO: ¡Unos años!

VALENTÍN: ¿Tanto?

LEONARDO: Lo que ve ahí en la pared me ha tomado casi tres años, y todavía falta.

VALENTÍN: ¿Porqué tanto tiempo?

LEONARDO: Es más que una pintura en la pared. Estoy tratando de captar la verdad; el conflicto eterno y universal entre el mal y el bien, entre lo que representa el Cristo y lo que representa el Judas.

Leonardo sube al andamio y se mueve de lado a lado con gran energía.

LEONARDO: Déjeme explicarle. Todo lo que ve, converge en el rostro de Jesús; acentúa su soledad—sólo entre sus discípulos. ¿No cree que la dignidad del Cristo, su indiferencia y perfecta tranquilidad lo apartan del resto? Mire como extiende los brazos, al centro del fresco, su mano izquierda trata de alcanzar el pan mientras recita aquellas palabras—“tomad, comed que este es mi cuerpo.” *(Pausa)* Los apóstoles están en grupos de tres—aquí, aquí, aquí y aquí, ¿lo ve? A la izquierda de nuestro Señor está Tomás. El que está sentado al lado de Jesús extendiendo sus brazos es Santiago el Mayor. A extrema izquierda, Bartolomé, Santiago el Menor y Andrés. Observe que Andrés está sentado al lado de su hermano, Pedro quien le hace una pregunta a Juan. Aquí, al otro lado tenemos a Tadeo, Mateo y a Simón. *(Pausa)* Dos arcos enormes, uno a cada lado, unen los grupos. Y lo más importante es que enlazando todo esto están los dos polos opuestos, dramáticos—el bien contra el mal; uno a la derecha, y el otro a la izquierda. A la izquierda, a la izquierda de Jesús—fé, y pureza en la persona de Felipe. *(Pausa)* Estoy seguro que se acuerda que Felipe estuvo con Cristo desde el comienzo; su recompensa es que lo he colocado más alto que los demás. Como puede ver he captado el momento, el instante en el cual nuestro Señor revela que— “entre vosotros habrá uno que me entregue.” *(Pausa)* Los apóstoles enfáticamente muestran su angustia; ellos se preguntan a quien se refiere Jesús—¡a quien va ser, a Judas, naturalmente! Ese modelo de traición y corrupción—ahí lo tiene, a un nivel más bajo que todos. *(Pausa)* ¿Puede ver la línea invisible que pasa a través del rostro del Cristo, y conecta a Felipe con Judas? Judas—a la derecha de nuestro salvador. Judas y Cristo, tratando de alcanzar el mismo platillo. ¡Corroído de vergüenza y culpabilidad, Judas se aleja porque sabe que si su mano toca a Cristo, el quedará identificado como el traidor!

Leonardo brinca del andamio y va dónde el monje.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: ¡Lo tiene todo, drama, ritual, traición, el sacrificio y la salvación! Pero me falta el bien, y me falta el mal—aunque conocí a un hombre tan horrible y malévolo que fué como estar frente al diablo. Puede que modele para el Judas. *(Pausa)* Bien, y ahora—¿en qué puedo servirle?

VALENTÍN: Pues, ¡después de todo eso, no se por dónde empezar!

LEONARDO: No ha venido de tan lejos para perder el tiempo, ¿verdad?

VALENTÍN: *(Pausa)* Yo soy maestro y—no se que hacer. Estamos abandonando a nuestros niños—que son lo más valioso que tenemos. Los estamos abandonando al no permitirles una educación. Sólo aquellos afortunados que tienen dinero pueden ser educados. ¿Y que sucede entonces con los cientos de miles de niños pobres y campesinos que algún día van a heredar nuestra tierra? ¿Qué va a pasar con su futuro? Y no es sólo el futuro de todos esos pequeños, sino el futuro de Italia. ¿Cómo podemos aspirar a nada si nuestro pueblo se mantiene en el vacío de la ignorancia? *(Transición)* Tenemos un pequeño cuarto detrás de la basilica. Todas las tardes yo me reúno con los niños—no aquellos de familias ricas, sino los niños y niñas de los campesinos, los pobres—y les enseño a leer y escribir. Tengo que hacer lo que me dicta mi conciencia. Si no, niego a mi Rey Salvador, el cual nos ha concedido el don de la sabiduría y la razón. Es imperdonable que condenemos generación tras generación a la ignorancia. *(Pausa)* Lo único es que se me está haciendo cada día más difícil continuar con mi trabajo. A nadie le interesa y se me está haciendo imposible. Hay algunos que están convencidos que la iglesia no tiene porque ayudar a los pobres, después de todo, “de los pobres es el reino de los cielos.” *(Pausa)* ¡Increíble, pero es verdad! ¡Como si la iglesia fuera propiedad de los ricos! Pero, no es así. Nosotros somos los que luchamos por la verdad y la justicia y la justicia es imparcial, no importa si es rico o si es pobre. *(Pausa)* Lo siento, estoy hablando demasiado—

LEONARDO: ¡No, no, por favor, continúe!

VALENTÍN: Entonces, me hablaron de usted; del gran Leonardo, inventor de lo increíble, de grandiosos monumentos y creador de majestuosas obras divinas. Usted es famoso hasta en Bérghamo.

LEONARDO: ¿No me diga?

VALENTÍN: Cuando me hablaron de *La Última Cena* yo pensé—¡pero que idea más genial! Recrear uno de los momentos cumbres de la historia del hombre, en el refectorio de un monasterio para que sirva de inspiración. Y fué entonces que dije, si yo pudiera convencer al maestro Leonardo a hacer lo mismo en nuestro pequeño salón detrás de la capilla—

LEONARDO: ¿Cómo?

VALENTÍN: ¡Pienselo! Veinte, treinta pequeños aprendiendo a leer y a escribir mientras un cuadro del Señor—en el cual El está rodeado de los niños de Nazaret—les da valor para seguir adelante, sin temerle al futuro. *(Pausa)* ¿Qué me dice, maestro? Naturalmente, somos humildes y nuestra iglesia es pequeña, no tenemos amigos ricos ni poderosos—pero, yo le voy a pedir a mi gente, y voy a ir de casa en casa si tengo que hacerlo para pagarle—

LEONARDO: ¡No, no, no tiene que pagarme nada!

Valentín trata de besarle las manos a Leonardo.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: No, no—por favor. *(Pausa)* Una cosa, esto si podría hacer por mi— *(Pausa)*
¿No le molestaría—?

VALENTÍN: Si está en mi poder—

LEONARDO: ¿Posaría usted para mi?

VALENTÍN: ¿Posar para usted? ¿Quiere decir—?

Valentín señala hacia el fresco.

LEONARDO: ¡No toma mucho tiempo, se lo prometo!

VALENTÍN: *(Pausa)* Como hombre de Dios, creo que representar a nuestro Divino Señor es una injuria; pero como quiera que sea, aunque pecador, no me gustaría mucho pasar a la historia como la cara de un traidor.

LEONARDO: ¡Naturalmente que no!

Valentín se sonríe con gran humildad. Con un impetus de energía, Leonardo inmediatamente le pone la banqueta al monje para que se siente, mientras el toma un lápiz y una libreta, se sienta al frente al monje y empieza a dibujar.

VALENTÍN: ¿Y qué me dice del caballo?

LEONARDO: ¿Ha oído del caballo?

VALENTÍN: Todo el mundo sabe del caballo.

LEONARDO: Bueno—es muy grande. Es un monumento en honor al padre del Duque Ludovico, Francesco, el pasado regente de Milán, primero en la casa de Sforza.

VALENTÍN: ¿Y qué le gusta más a usted, la escultura o la pintura?

LEONARDO: No, se, honestamente. Hay otras cosas que prefiero hacer. Tengo todas estas ideas—de dónde surgen— *(Pausa)* Me gusta inventar máquinas, instrumentos, artefactos, y mecanismos que no se le han ocurrido a nadie. Si, me gusta mucho inventar.

VALENTÍN: Entonces, ¿porqué pinta?

LEONARDO: ¿Porqué? *(Pausa)* Sabe, esa es mi palabra favorita.

VALENTÍN: ¿Cual?

LEONARDO: “Porqué.” Para mi significa una mente curiosa tratando de averiguar los misterios que nos rodean. ¡Me encanta esa palabra! *(Pausa)* ¿Qué porqué pinto? *(Pausa)* Pues—no se. Me gustaría poder decirle que toda mi vida quise ser pintor, que lo llevo en la sangre, pero no es ni remotamente la verdad. Sinceramente, no tengo idea.

VALENTÍN: Pero tiene que haber una—

LEONARDO: No, nada. No hubo nada en mi niñez por lo que yo pueda decir, “ah, ¡por eso hago lo que hago!” Nada.

VALENTÍN: ¿Nada?

Leonardo señala “no” con la cabeza.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Yo siempre fui una persona muy curiosa. Me intriga todo—quiero saber porque las cosas son como son—como trabajan, que motiva, que inspira, que influye, que estimula todo bajo los cielos. De niño le preguntaba a mi padre, pero el era abogado y para que hablar. Así que comencé a escudriñar, examinar y averiguarlo todo, y para acordarme de lo que había visto empecé a dibujar. Una cosa llevo a otra, y aquí me tiene. *(Pausa)* ¿Hace mucho que se unió a la orden?

VALENTÍN: ¿Yo?

LEONARDO: Me parece que ha encontrado su vocación. Su devoción es admirable, precisamente lo que se supone represente la iglesia. Lleva consigo los fundamentos del Cristo, tan es así, que me encantaría ver si puede caminar por las aguas del lago.

VALENTÍN: *(Se rie)* Maestro, ¡por favor!

LEONARDO: ¡En serio!

VALENTÍN: ¿Cuándo lo podemos esperar en Bérghamo?

LEONARDO: Pronto, muy pronto. Es más, ahora sí que estoy por terminar aquí. *(Pausa)* Oh, no se preocupe, nos veremos en Bérghamo más pronto de lo que cree.

VALENTÍN: No sabe lo que significará esto para mis niños—

LEONARDO: ¡Ya! Es todo el tiempo que le voy a tomar.

VALENTÍN: ¿Ya terminó?

LEONARDO: ¡Por lo menos con usted, sí!

VALENTÍN: Me podría—

Leonardo le enseña el dibujo.

VALENTÍN: ¡Increíble!

LEONARDO: Usted ha sido una verdadera inspiración.

Valentín toma el dibujo y se acerca al andamio. El mira del dibujo a la pared.

VALENTÍN: Espero regresar algún día y verlo en la pared.

Le devuelve la libreta a Leonardo.

VALENTÍN: No se me olvidará de Bérghamo?

LEONARDO: Estese tranquilo, mi amigo, que de olvidarme, lo único que tengo que hacer es mirar a la pared.

Valentín sonríe, y sale del refectorio. Leonardo sigue al monje con su vista, fascinado. El canto de los monjes en el fondo se intensifica. Leonardo regresa a la base del andamio. Se detiene. Piensa. Sube al andamio, agarra un pincel y empieza a trabajar rápidamente.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: ¡Valentín, el maestro; Valentín, el sabio! Somos la creación de aquel que ilumina nuestras vidas con amor y nos enseña el camino hacia la gloria eterna. ¡El Uno—el padre e hijo, juntos en nuestros corazones para que podamos crear! El padre, quien mandó a su único hijo a morir por nosotros. ¡Ese espíritu santo que hoy me ha bendecido con un milagro!

Leonardo para de trabajar, se vuelve y extiende su brazos al cielo y la música de los monje lo acompañan.

LEONARDO: *(Grita)* ¡Encontré a mi Cristo!

Los muchachos gritan y aplauden.

LEONARDO: ¡Amarillo—necesito amarillo! ¿Quién mezcla?

ANTONIO: ¡Nadie!

LEONARDO: ¡Ponganse a trabajar o ¿es que no están cansados de mirar esta pared!?

LOS CHICOS: ¡Si!

LEONARDO: ¡Vamos a terminar con esto, por favor! ¡Dame el amarillo!

Antonio sube al andamio con un receptáculo de barro dónde lleva el pigmento.

LEONARDO: ¡Yeso, necesito yeso! ¡Marco!

MARCO: ¿Si, maestro?

LEONARDO: ¡Estoy listo!

MARCO: ¡Enseguida!

Marco mezcla yeso y agua en un cubo. Leonardo dibuja el rostro de Valentín, examinándolo de vez en cuando.

LEONARDO: ¡Perfecto, es perfecto! *(Pausa)* ¡Salai!

MARCO: No ha regresado.

LEONARDO: ¿Cómo fué? ¿Qué no ha regresado? Lorenzo—

LORENZO: ¡Si, maestro!

LEONARDO: Busca a ese delincuente. Mira a ver si esta con Bandello—quizás el hermano le dió un mandado, como si no tuviera suficiente que hacer

LORENZO: ¡Si, maestro!

Lorenzo sale corriendo. Marco le lleva el cubo a Leonardo. Las facciones de Valentín empiezan a verse en la cara del Cristo.

Los chicos son testigos y nadie hace ruido, están hipnotizados y maravillados. Leonardo trabajo rápido dando toques aquí y allá.

Pausa. Sin volverse y casi en suspiro...

LEONARDO: Rojo—necesito un poco de rojo—

Antonio le alcanza el pigmento a Leonardo.

Leonardo toma el pigmento y le añade color a las mejillas, etc.

De pronto, cesa de trabajar, suelta el pincel y brinca del andamio. Camina hasta el fondo del refectorio para ver su obra.

Pausa. Leonardo llama los chicos a su lado.

LEONARDO: *(En voz baja.)* ¿Qué creen?

ANTONIO: *(Pausa)* Casi, casi.

MARCO: *(Pausa)* Un poco más suave, quizás—

Leonardo mira al chico, a la pared, e inmediatamente sube al andamio.

LEONARDO: ¿Dónde está el azul, azul, azul—? *(Pausa)* ¡Aquí está!

Leonardo añade unos toques a la cara, suelta el pincel, se limpia las manos con un trapo, y brinca del andamio.

LEONARDO: ¡Ya está!

MARCO: Perfecto.

ANTONIO: ¡Nunca se vio tan bien!

Leonardo rie. Entra Bandello muy agitado.

BANDELLO: ¡Maestro! ¡Maestro!

LEONARDO: Ah, hermano, ¡mire!

Leonardo señala el fresco, pero el monje está demasiado nervioso.

BANDELLO: ¡La princesa ha muerto!

LEONARDO: ¿Cómo fue?

BANDELLO: Beatriz! ¡Esté muerta!

LEONARDO: *(Alarmado)* ¿Pero, cómo, cómo es posible? ¿Cuándo?

BANDELLO: Hace un par de horas—convulsiones ¡dicen que la envenenaron!

Bandello se cruza. Leonardo está atolondrado.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: El Duque—¿cómo está el Moro?

BANDELLO: ¡Sin consuelo!

LEONARDO: ¡Pobre, pobre hombre! *(Pausa)* El la quería tanto. Ella era tan dulce. ¡Qué cosa más horrible!

Entran dos guardias del palacio y van dónde Leonardo.

GUARDIA #1: ¿Maestro?

LEONARDO: ¿Si?

GUARDIA #2: ¿Está muy ocupado?

LEONARDO: ¡No importa! ¿El Moro—está en camino?

GUARDIA #1: No, pero necesita verlo—

LEONARDO: ¿Cuándo?

GUARDIA #2: Ahora.

LEONARDO: ¿Ahora?

GUARDIA #1: Está muy ansioso de hablar con usted.

LEONARDO: Como no, inmediatamente.

GUARDIA #1: Y le pide que lleve sus instrumentos.

LEONARDO: Mis— *(Pausa)* No hay problema—Marco, dame un par de lápices y la libreta.

Leonardo recibe los instrumentos del chico y sale con los guardias. Los chicos y Bandello lo siguen con su mirada.

Telón.

Segunda Escena

Más tarde en un calabozo.

Es un lugar que da terror, con varios instrumentos de tortura, etc. Hay una escalera que surge de una puerta a nivel alto, al fondo. En las paredes hay cadenas y en el centro una rueda de tortura. En otro lado un bloque para decapitar con su hacha.

Dos hombres rodean la rueda de tortura como dos buitres encima de su víctima. Se mueven sin hacer ruido. El único sonido son los gritos de la víctima en la rueda y el latigo que lo castiga. La víctima no se ve.

De pronto un grito que estremece, seguido por el ruido de la rueda chillando y haciendo sufrir. Entra Ludovico por las escaleras y camina hasta los verdugos.

LUDOVICO: ¿Algo más?

HOMBRE #1: No.

LUDOVICO: Deja ver.

Los verdugos se mueven a un lado para enseñar la rueda de la tortura inclinada a 45 grados, y el cuerpo desnudo y ensangrentado de la víctima. El piso está lleno de sangre. Ludovico camina alrededor de la rueda y toma la víctima por el pelo.

LUDOVICO: (A la víctima) Hola— (A Hombre #2) ¿Está muerto?

HOMBRE #2: No—

Hombre #2 le pone el oído a la cara de la víctima para oír la respiración. Pausa.

HOMBRE #2: —esta respirando, majestad.

LUDOVICO: ¿Estás seguro?

HOMBRE #1: ¿Qué quiere que haga con él, mi señor?

LUDOVICO: No, se. (Pausa) Dame un poco de agua—

Uno de los hombres le da un cucharón con agua a Ludovico. Ludovico se la echa por la cabeza a la víctima.

HOMBRE #2: Eso no va hacer nada, majestad.

LUDOVICO: ¿Porqué?

HOMBRE #1: Eso no lo va a despertar.

LUDOVICO: Bueno—

HOMBRE #2: Perdóneme un segundo, majestad—

Hombre #2 coge un trapo y se le cubre la cara a la víctima, como sofocándolo.

LA ÚLTIMA CENA

LUDOVICO: ¡Lo vas a matar, y no lo quiero muerto—no todavía!

HOMBRE #1: Perdón, majestad, pero Ricardo esta obligándolo a que respire.

En ese instante, la víctima trata de coger aire, tosiendo sangre.

HOMBRE #2: ¿Lo ve? ¿Qué le dije? No está muy vivo, pero ciertamente continúa entre nosotros.

LUDOVICO: Mmm—

HOMBRE #1: No hay duda, mi señor.

LUDOVICO: ¿Y no ha dicho nada más?

HOMBRE #2: Solo lo que usted oyó, majestad. El hombre se llama Maquiavelo, punto. No creo que sepa nada más. *(Pausa)* ¿Quiere que siga?

LUDOVICO: ¿Qué crees?

HOMBRE #1: Que estamos perdiendo el tiempo.

HOMBRE #2: ¿Quiere que acabe con el? Digo, después de hoy, no va a servir para más nada—

HOMBRE #1: —y va a usar su nueva condición de inválido y mutilado para mendigar por las calles. Mi humilde opinión es que ya tenemos demasiados inválidos arrastrándose por ahí.

LUDOVICO: No, no quiero que lo mates.

HOMBRE #2: Majestad, usted sabe que nosotros siempre lo tratamos de complacer. Pero recuerde que no hay gran diferencia entre extraerle información y extraerle la vida.

HOMBRE #1: Tiene razón, mi señor, aunque estamos sólo para servirle.

Leonardo entra por la escalera con su libreta y su lápiz.

LUDOVICO: *(A Hombre #2)* Espera— *(A Leonardo)* Ah, ahí está maestro, baje, por favor. Gracias por venir, yo se que usted está muy ocupado. Veo que trajo su libreta de dibujos—

Leonardo toma la mano de Ludovico y la besa.

LEONARDO: Majestad, me acabo de enterar de la muerte de la princesa. No tengo palabras para expresar mi pena—aunque se que nada de lo que yo pueda sentir se compara con su angustia. Era una doncella tan y tan amable, dulce, bella y generosa—de gran virtud y—

LUDOVICO: Gracias, maestro, agradezco mucho sus palabras. *(Pausa)* Ella lo admiraba mucho, usted lo sabe.

Ludovico lleva a Leonardo al LATERAL IZQUIERDO.

LUDOVICO: Desafortunadamente estás cosas le suceden a todo el mundo. Son parte del riesgo de todo potentado. ¿Qué vamos a hacer?

LEONARDO: No sabe cuanto lo siento.

LUDOVICO: *(Pausa)* Hay que seguir adelante, hay que seguir luchando. Le pido disculpas por haberlo traído aquí—

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Majestad, si existe alguna manera en que pueda servirle—en que puede aliviar su pena—

LUDOVICO: No se si eso es posible, maestro—pero puede hacer algo por mi, algo muy importante. Necesito que sea mi testigo y anote—en forma de un dibujo con lujo de detalles—todo lo que vea en el calabozo. Quiero que sea meticuloso y no omita absolutamente nada. *(Pausa)* Ahora bien, antes de comenzar, le quiero hacer una pregunta. ¿Cree usted que yo soy un hombre justo?

LEONARDO: No puedo pensar en nadie más justo que usted, mi príncipe.

LUDOVICO: Desde que usted llegó a Milán, ¿no le he dado acaso todo lo que me ha pedido?

LEONARDO: Si, majestad, eso y mucho más.

LUDOVICO: Usted sabe que hay ciertas personas en la corte que me aconsejaron no traerlo de Florencia, ¿usted lo sabe, verdad? Por aquel incidente que ocurrió hace unos años—

LEONARDO: ¿Perdóneme, pero no entiendo a que se—?

LUDOVICO: —la vez cuando fué arrestrado—

LEONARDO: Majestad, disculpe, pero eso sucedió cuando yo no era más que un chico—hace tantos años—

LUDOVICO: Entiendo, entiendo—y comprendo su indignación. *(Pausa)* No obstante, decidí ignorar su encontronazo con los señores de Florencia porque—y créame que no lo estoy juzgando. Yo soy la última persona en juzgar a nadie por sus—inclinaciones. Quería traerlo a Milán, a que estuviera conmigo. Bajo mi liderato y con su genio Milán se convertiría en la capital industrial y cultural de Italia. Esa era mi visión.

LEONARDO: Majestad, yo nunca he conocido un príncipe más noble y generoso que Ludovico Sforza. ¡El mundo debería tener un millón de Moros—seria un lugar mucho más agradable dónde reinaria la felicidad! *(Pausa)* Eso se lo digo de corazón, mi príncipe.

LUDOVICO: Estoy confundido.

LEONARDO: ¿Confundido?

LUDOVICO: ¿Porqué me ha traicionado?

Las palabras paralizan a Leonardo con terror.

LEONARDO: ¿Trai—cionado?

LUDOVICO: Tengo información de dos fuentes diferentes—que usted recibió a Nicolás Maquiavelo, el infame intrigante de César Borgia—nada menos que en sus apartamentos, dónde cenaron juntos mientras conspiraban contra mi vida.

LEONARDO: ¡No, no, no! ¡Majestad, eso no es cierto, se lo juro! ¡Déjeme explicarle, por favor, se lo ruego!

LUDOVICO: Adelante—

LA ÚLTIMA CENA

El Hombre #2 pone la máquina en posición casi vertical para poder ver el cuerpo torturado de la víctima.

LUDOVICO: (A Hombre #1) ¿Cómo se llama?

HOMBRE #1: Salai.

LUDOVICO: ¿Salai, puedes oirme? Salai—

Leonardo se acerca al cuerpo desfigurado del chico.

LUDOVICO: (Pausa) Aplástenle la cara, tritúrenle la cabeza, rómpanle todos los huesos del cuerpo; háganlo un monstruo—pero no lo maten. Maestro, no se olvide, un dibujo con lujo de detalles.

Ludovico asciende las escaleras. Hombre #2 gentilmente le pide a Leonardo que se mueva a un lado.

HOMBRE #2: Con su permiso, maestro, ¿podría moverse a un lado? ¿Usted puede ver desde ahí, ¿no? Muchas gracias, muy amable.

HOMBRE #1: Trata de no hacer un desorden, recuerda que Avelina—

HOMBRE #2: Si, si—no me jodas más.

Los verdugos comienzan a trabajar de nuevo. En silencio, y lentamente Leonardo cae a sus rodillas, mientras los sonidos de los huesos siendo quebrantados se oye por encima del llanto del maestro. Poco a poco nos vamos a negro.

HOMBRE #2: ¿Quién carajo se cree esa tipa que es? ¡Qué se vaya a joder a su marido!

HOMBRE #1: Su hermana prueba la comida del Moro.

HOMBRE #2: Perdóname, pero la puta no sabe lo que hace. ¡Qué se vaya al carajo! Yo tengo mi trabajo—

Telón.

LUDOVICO: Un complot para corromper a mis amigos, para envenenar mi comida—sedición tan siniestra y salvaje que amenaza la sobrevivencia de la principalidad. No hay forma de que yo ignore lo que ha sucedido. Estaría arriesgando todo lo que yo quiero y considero importante en la vida.

LEONARDO: ¡Majestad! Le juro por la santísima madre de Jesús—traición, conspiración, son conceptos que florecen en el corazón del hombre que ha vivido toda su vida en la desilusión y el amargo fracaso. Yo, gracias a su majestad, soy un hombre sumamente afortunado. Todo lo que tengo, todo lo que soy se lo debo a mi príncipe Ludovico, a quien respeto y venero como a nadie. Siento compasión por aquellos que nunca han tenido la oportunidad de disfrutar su benevolencia y magnanimidad. Traición, deslealtad—no son parte de mi temperamento y no miento en decirle con sus palabras completamente incomprensibles para mí. *(Pausa)* Majestda, mi corazón sufre una terrible angustia—no porque yo crea que sin querer he ofendido a mi príncipe—no, no es por eso—después de todo, soy un mortal como cualquier otro y como tal, cometo errores—no, sufro en pensar que su majestad pueda tener otra opinión de mí que no sea como la de su más humilde y leal servidor. La indignación que siento ahogando mi alma está dirigida hacia aquel que ha logrado que el Moro tenga dudas de mi lealtad y devoción.

Leonardo se arrollida.

LUDOVICO: ¡Maquiavelo estuvo en sus apartamentos, cenando con usted, usted me lo acaba de confesar!

LEONARDO: No hicimos nada más que hablar—¡hablar, eso fué todo!

LUDOVICO: ¡Traición!

LEONARDO: ¡No, no, no!

Leonardo empieza a llorar y le ruega a Ludovico.

LUDOVICO: ¡Miente!

LEONARDO: ¡No, le juro que!

LUDOVICO: *(Pausa)* Usted ha puesto en juego mi confianza.

LEONARDO: Majestad—

LUDOVICO: Leonardo, yo vivo en un mundo donde la lealtad no puede estar en duda. Mi vida y la vida de mis seres queridos dependen de ello. *(Pausa)* Acabo de perder a mi adorada Beatriz, probablemente por un veneno que desgarró su vientre. ¡Ese veneno era para mí! *(Pausa)* ¿Sabe usted lo que es no poder confiar en nadie, maestro? No, creo que no.

HOMBRE #2: Majestad—no le queda mucho—

LUDOVICO: Espero que no lo hayan matado.

HOMBRE #1: No majestad, no hemos matado al chico.

LUDOVICO: *(A Leonardo)* Maestro, por favor—

Ludovico le señala a Leonardo para que se acerque hasta la rueda de la tortura.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Yo conozco a Maquiavelo desde hace muchos años, el es de Florencia—crecimos juntos. Nunca hemos sido grandes amigos pero de vez en cuando visitaba la casa de mi padre y pasamos algunas horas hablando y soñando que es lo que hacen los chicos generalmente—nada más. *(Pausa)* No había visto a Maquiavelo en muchos años y me sorprendí cuando me fué a buscar al monasterio. Me dijo que tenía que hablar conmigo y lo invité a cenar sin saber que quería discutir conmigo. ¡Eso fué todo lo que hicimos—hablar!

LUDOVICO: ¿De qué—?

LEONARDO: *(Pausa)* Me—me preguntó sobre algunas de mis ideas—

LUDOVICO: ¿Ideas?

LEONARDO: Si, ideas que yo tengo para construir armas, ¡cómo las que yo le ofrecí a su majestad!

LUDOVICO: Ah, sí—

LEONARDO: Naturalmente, que no pense en nign momento darle nada a Maquiavelo, ¡y así se lo dije!

LUDOVICO: ¿Para qué quería las armas?

LEONARDO: Para César Borgia. La impresión que me dió Maquiavelo es que los Borgia están contemplando una vil campaña de conquista nacional. Pero, sea lo que sea, no van a triunfar, mi señor. Todo el mundo sabe lo que representa esa gente, ¡són una partida de villanos!

LUDOVICO: En el momento que Maquiavelo se le acercó a usted, debió habérmelo informado.

LEONARDO: Tenía intención de hacerlo a la primera oportunidad, majestad, pero, he estado con el caballo y la *Cena...* *(Pausa)* Quizás no debí asumir, pero—yo no se nada de política, mi príncipe, soy—¡yo pinto paredes! *(Pausa)* ¡Créame, se lo suplico, nada en el mundo me haría traicionarlo! Usted ha sido extraordinariamente gentil y bondadoso con este servidor, y con toda franqueza me siento orgulloso de que me haya tratado siempre—y lo digo con toda humildad—como un amigo. *(Pausa)* Además, yo personalmente considero al príncipe Borgia un asesino sin escrúpulos.

LUDOVICO: Eso es exactamente lo que es.

LEONARDO: Y así se lo dije a Maquiavelo, no tenga la menor duda.

LUDOVICO: *(Pausa)* Este es un momento muy triste para mi. Yo lo aprecio muchísimo, maestro, usted lo sabe. Pensar que mi Leonardo ha estado conspirando en mi contra con un agente de los Borgia—¡debajo de mis narices!

Se oye un gemido de la rueda de tortura y Leonardo se vuelve para ver de dónde sale el sonido pero los verdugos tapan la vista.

LEONARDO: ¡Se lo suplico, majestad, me tiene que creer!

LUDOVICO: Yo soy un hombre bastante tolerante, pero hay ciertas cosas que no son aceptables y la traición es una de ellas.

HOMBRE #1: ¿Le rajo la cabeza, majestad?

Ludovico no le presta atención al verdugo.

Tercera Escena

La mañana siguiente, en el refectorio. Entran los chicos. Uno lleva herramientas, otro una bolsa de yeso, etc.. Trabajan y se mueven lentamente, sin entusiasmo.

ANTONIO: ¿Quién tiene azul?

MARCO: Yo, yo lo tengo.

ANTONIO: Oh.

LORENZO: ¿Cuanto necesitas?

MARCO: No mucho, ya no falta tanto.

LORENZO: Es mejor que esperes, entonces.

MARCO: Quiero que esté listo para cuando llegue el maestro.

Los chicos continúan trabajando sin animo. Marco va a la caja que era de Salai. La abre y saca un par de cosas y las coloca en el suelo.

LORENZO: ¿Qué haces?

MARCO: El maestro quiere que la bote.

Lorenzo y Antonio se acercan a Marco.

ANTONIO: ¡Pero, no puedes!

MARCO: Esa son las ordenes.

LORENZO: ¡Esa es la caja de Salai!

ANTONIO: No lo hagas.

MARCO: Yo sigo instrucciones, ¿entendiste?

Entre las cosas que saca de la caja es una portamonedas color castaño y de borde plateado.

LORENZO: ¿Me puedo quedar con eso?

MARCO: ¡No!

ANTONIO: Con algo de recuerdo, por favor—

Pausa. Marco y los otros chicos están a punto de llorar. Finalmente se reparten algunos de los artículos. Marco saca la brocha que Salai lanzó contra la Cena...

MARCO: ¿Recuerdan esto? La brocha que me tiro—

ANTONIO: Si—

LORENZO: ¡Hah!

MARCO: Bueno, ya esta bien. ¡Vamos, a trabajar!

Entra El Papa.

EL PAPA: ¿Dónde está?

LA ÚLTIMA CENA

Los chicos brincan del susto. Se le quedan mirando El Papa.

EL PAPA: ¡Dije que dónde esta!

ANTONIO: ¿Quién?

MARCO: ¿Quién?

LORENZO: ¿El maestro Leonardo?

EL PAPA: ¿Así se llama?

LORENZO: No—no se—

MARCO: ¿A quien busca?

EL PAPA: A un pendejito que dijo que me quería pintar o algo así—mejor aparece pronto. Yo no estoy acostumbrado a levantarme tan temprano y no me gusta que me hagan perder tiempo. Sólo vine porque dijo que me pagaría—

ANTONIO: Debe estar por llegar.

MARCO: ¡Oh, si, estoy seguro!

El Papa se sienta en una esquina. Leonardo entra con un paso rapido.

LEONARDO: (A El Papa) Ah, buenos días, veo que encuentro el lugar sin problemas—

EL PAPA: Lo estaba esperando.

LEONARDO: Y no queremos hacerlo esperar más de la cuenta.

Leonardo arreglas las banquetas y le señala a su invitado que se sienta.

LEONARDO: (A los chicos) ¿Porqué no se van afuera?

MARCO: Pero—

LEONARDO: Es más, vayan al pueblo. Buena idea, tienen la mañana libre—no el día completo. Los veré en casa esta noche. ¿Qué dicen?

LORENZO: Pero maestro—

ANTONIO: (A Lorenzo) Vamos, ¡que esperas!

MARCO: ¿No—no nos necesita?

Leonardo va dónde los chicos.

LEONARDO: Seguro que si. Es que—debo estar solo con este caballero. No se preocupen.

Leonardo acaricia cada uno de sus estudiantes mientras señala a El Papa.

LEONARDO: Estamos por terminar, ¿no lo creen?

LOS CHICOS: ¿¡En serio!?

LEONARDO: ¡Si! Ahora, ¡lárguense—vamos!

ANTONIO: ¡Oíste!

LA ÚLTIMA CENA

MARCO: ¡No lo creo!

Los chicos salen un poco más alegre. Los podemos oír FUERA DE ESCENA. Sus voces van disminuyendo. Pausa. Leonardo se dirige a El Papa.

LEONARDO: Siéntese, por favor.

Leonardo le muestra a El Papa dónde.

LEONARDO: Esto va a ser aburrido, pero no duele. Por favor, no se mueva. Quítese el sombrero—así es, gracias. Vire la cabeza hacia mí—muy bien, muy bien—

Leonardo empieza a dibujar. Sus manos se mueven con una rapidez alarmante.

LEONARDO: Es usted de Milán?

EL PAPA: Eso no es asunto suyo.

LEONARDO: Tiene razón. *(Pausa)* ¿Cómo se llama?

EL PAPA: ¿Porqué?

LEONARDO: Curiosidad—

EL PAPA: *(Pausa)* Luis.

LEONARDO: No me digas. ¡Qué interesante! Nunca hubiera adivinado—usted no tiene cara de Luis. Giuseppe—tal vez, si usted haría un buen Giuseppe—

EL PAPA: Dijo que esto no iba a doler.

Leonardo para y mira a El Papa.

LEONARDO: Lo siento. *(Pausa)* ¿A que se dedica?

El Papa se vuelve bruscamente hacia Leonardo.

EL PAPA: ¡No se meta en lo que no le importa!

LEONARDO: Por favor— *(Pausa, voz baja)* Trate de no moverse, o podemos estar aquí todo el día.

EL PAPA: Oh, no—usted es el que se va a quedar aquí todo el día, ¡yo me largo ya mismo!

LEONARDO: Una cosa—

EL PAPA: *(Confundido)* ¿Que carajo—?

LEONARDO: Quiero saber, eso es todo—

El Papa se pone de pie.

LEONARDO: ¿Qué tal si le doy dos soldi adicionales?

El Papa lo piensa y se sienta de nuevo.

LEONARDO: ¿Porque le dicen el papa? *(Pausa)* ¿Bueno?

EL PAPA: Yo era uno de esos—

Leonardo deja de dibujar.

LEONARDO: ¿Cómo?

EL PAPA: Un monje.

LEONARDO: Usted era—

EL PAPA: ¡Si!

LEONARDO: ¿Qué paso?

El Papa y Leonardo intercambian miradas.

EL PAPA: Me di cuenta.

LEONARDO: ¿De qué?

EL PAPA: Que no hay nada, nada—

LEONARDO: ¿Nada?

EL PAPA: La biblia no es la palabra de nadie y ni remotamente la palabra de Dios. Es la colección de cuentos y leyendas de una partida de maricones que necesitaban controlar a las tribus en el desierto con la amenaza del infierno. Es todo mierda—una fantasía, para controlar a la humanidad, para mantener al hombre dócil y sujeto al abuso y a la explotación. Es la mentira más grande que se ha creado, como yo decir que soy el papa. Méteselo a quien tú quieras, mata a quien tú quieras, ¡pero no los mandes al infierno! *(Se rie a carcajadas)* Los encerré en el convento y le pegué fuego—los quemé a toditos. No quedo uno solo vivo. ¡Tanto que se las echaban de conocer el infierno!

LEONARDO: ¿Qué usted—?

EL PAPA: Si, el convento dónde vivi por diez años—ochenta hermanitos—igual que la inquisición.

LEONARDO: ¡Dios mio!

EL PAPA: Aja—

LEONARDO: *(Pausa)* Y aquí lo tengo.

EL PAPA: Aquí me tiene.

De pronto Leonardo se levanta.

LEONARDO: Ya está.

El Papa se levanta de la banquetta.

EL PAPA: Me debe dieciseis soldi.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Lo se, lo se.

Leonardo saca su portamonedas y cuenta mientras le entrega la monedas a El Papa.

LEONARDO: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince y dieciseis. Dieciseis soldi. *(Indiferente)* Gracias por haber venido, y tenga buen día.

Leonardo le da la espalda a El Papa quien se pone su sombrero y sale contando las monedas. Leonardo examina el dibujo de El Papa y lo compara con el de Valentín. De pronto, ve el portamonedas de color castaño con borde plateado al lado de la caja de Salai. Pausa mientras lo mira detalladamente.

LEONARDO: Me mentiste, oh, Salai!

Leonardo se sienta al borde del andamio y llora. Entra Bandello.

BANDELLO: ¿Qué es esto que me dicen que está terminando? ¿Será posible?

Leonardo mira al monje.

LEONARDO: Lo golpearon hasta que le rompieron todos los huesos, lo azotaron hasta que se quedo en sangre viva; le cortaron la nariz, la lengua y a lo último, le sacaron los ojos—todo, mientras trataban de que se despertara para que agonizara más todavía.

BANDELLO: ¡Jesús! ¿De qué habla?

LEONARDO: ¡Gracias te doy, Dios mio porque le permitiste morir! *(Pausa)* Dígame, hermano, ¿quienes son estos hombre que se atreven—en contra de todos los mandamientos del Señor—se atreven a cometer tal atrocidad?

El monje hace la seña de la cruz.

BANDELLO: ¡Maestro!

LEONARDO: ¿Dígame? ¿Quienes son esos hombres! ¡Hombres religiosos, hombres cultos quienes pasan las mañanas en solemne oración, y por las tardes justifican la tortura, la mutilación y el asesinato de inocentes! ¿Qué les da derecho? ¿Cómo se atreven? ¿Quienes son estos hombres?

BANDELLO: Maestro—yo—dígame, ¿quién ha hecho semejante barbaridad?

Leonardo se le queda mirando al monje.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: Olvídese, hermano, no tiene sentido hablar de lo que no se puede remediar.

(Pausa) Creamos majestuosos tesoros para que los disfrute la humanidad, para adornar nuestras vidas con belleza y armonía pero no somos dueños de nuestro destino. ¿De que vale? No tiene sentido.

BANDELLO: Maestro—venga conmigo. Mateo le dara un poco de caldo—lo hará sentir mejor. Vamos, venga conmigo.

Bandello trata de llevar de la mano a Leonardo pero el maestro se vuelve hacia el fresco.

LEONARDO: Me imagino que va a estar muy alegre de deshacerse de nosotros.

BANDELLO: Des— *(Pausa)* Bueno, yo—yo— *(Pausa)* Maestro—no se. Una vez usted termine, las cosas van a mejorar, creo. Digo, los hermanos van a poder comer juntos en su comedor, como antes, pero yo— *(Pausa)* —tendré que buscarme algo que hacer. Estoy tan acostumbrado a venir a pelear con usted— *(Pausa)* Le tengo un secreto. A que no sabe porque yo me volvía loco cuando no lo veia trabajar—aquí.

LEONARDO: Creo que me lo mencionó una que otra vez.

BANDELLO: *(Pausa)* Antes de que usted llegara, yo estaba convencido que la pintura era una perdida de tiempo, un vicio de los hombre que no tienen nada mejor en que emplear su tiempo y dinero. ¿Porqué no gastar ese dinero y ese esfuerzo en la labor a Dios? *(Pausa)* Entonces comencé a observarlo—a usted y a sus muchachos, como luchaban con esa pared. Día tras día, año tras año. Y de pronto, ese pedazo de piedra empezó a coger vida. El espíritu de su existencia esta en esa pared, maestro, ahí, en la cara de Pedro, Tadeo, e inevitablemente en el rostro de nuestro señor.

LEONARDO: *(Pausa)* Inevitablemente— en el Judas.

BANDELLO: *(Pausa)* Maestro yo—me considero afortunado haber tenido la oportunidad de verlo dar vida a esa pared. *(Pausa)* Me, me va a hacer mucha falta.

LEONARDO: Tanto como usted me va hacer falta a mi.

Leonardo y Bandello se sonrien el uno con el otro. Pausa.

BANDELLO: ¿Me dicen que por fin encontró al Cristo?

Se vuelven hacia la pared.

LEONARDO: ¿No lo reconoce?

El maestro señala a la cara de Valentín.

BANDELLO: No. ¿Quién es?

LEONARDO: Uno de ustedes.

BANDELLO: ¿Un monje? No de aquí.

LA ÚLTIMA CENA

LEONARDO: De Bérgamo.

BANDELLO: ¿Bérgamo?

LEONARDO: Se llama Valentín, vino ayer.

BANDELLO: Caramba, debió habérmelo dicho. Después de todo, no es común tener un monje de otro pueblo ambulando por los terrenos de la iglesia sin permiso.

LEONARDO: Es una persona muy interesante.

BANDELLO: ¿Y el Judas?

Leonardo le enseña el dibujo de El Papa.

BANDELLO: ¡Jesús!

LEONARDO: Dígalo de nuevo.

BANDELLO: ¡Mete miedo!

LEONARDO: Usted no tiene idea.

BANDELLO: *(Pausa)* Bueno, tengo que regresarme—¿no se molesta si le digo al abad que esta casi terminando?

LEONARDO: En absoluto.

Bandello inclina su cabeza, se vuelve y sale. Pausa. Leonardo se le queda mirando al portamonedas que encontró en la caja de Salai. Entra Maquiavelo.

MAQUIAVELO: Si no me equivoco, eso me pertenece a mí.

Leonardo lentamente le devuelve el portamonedas a Maquiavelo.

LEONARDO: ¡El era inocente, no sabía nada!

MAQUIAVELO: No importa ya.

LEONARDO: ¡Si no hubieras venido, mi chico estaría vivo!

MAQUIAVELO: Te lo advertí. Ludovico no es diferente a los otros déspotas, a los otros duques y príncipes que hacen lo que sea por preservar el poder.

LEONARDO: Pobre muchacho—mi dulce Salai—

MAQUIAVELO: Vamos, ¡contrólate, hombre! *(Pausa)* Carajo, hay cientos de chicos—miles de ellos corriendo y jugando por los pasillos de la corte en Roma—con rostros de ángeles, bellos, de las mejores familias romanas, no un repugnante ladrón de pueblo. ¡Escoge el que quieras! *(Pausa)* Ven conmigo, ayuda a César a poner fin a la devastación de Lombardía, al chantaje del reino de Nápoles—César siempre te lo estará agradecido! *(Pausa)* Vamos a echar a los extranjeros y mercenarios de Italia—¡vamos a cortarle la cabeza! ¿Es qué no te apesta la dominación extranjera, o, pretendes que Italia siga siendo una casa de putas? *(Pausa)* ¿Qué te pasa, hombre? ¡Italia está lista para la revolución y solo César Borgia puede salvar la patria. *(Pausa)* Lo conociste, conociste a mi príncipe. ¿Verdad que es un hombre digno y—justo?

LEONARDO: ¿De que hablas?

LA ÚLTIMA CENA

El Abad se vuelve y contempla la pared. Una pausa larga e incomoda, cuando entra un monje apresuradamente y se dirige a Bandello.

BANDELLO: Bueno, ¿dónde esta?

THE MONK: No lo encontré.

EL ABAD: ¿Cómo dijo?

THE MONK: No estaba en casa.

EL ABAD: Ese irresponsable—

BANDELLO: Es—imposible de predecir. A que está con el caballo—

LUDOVICO: No, acabo de venir de Corte Vecchia, no estaba allí. *(Pausa)* Vamos, yo no puedo esperar más, tengo cosas que hacer. Me encantaría que el artista estuviera presente en la develación pero si el artista tiene cosas más importante que hacer—pueden comenzar cuando gusten.

BANDELLO: Hermano Tomás, si hace el favor—

Todos se vuelve hacia la pared cuando el monje tira la cuerda para revelar el fresco. Pausa. Todos aplauden y de momento, cesan de aplaudir y se oye el excitado susurro de los presentes.

LUDOVICO: ¿¡Dónde está Leonardo Da Vinci!?

Antes que el monje pueda constestar...

EL ABAD: Mi señor, ¿es ese usted, ahí a la derecha—a la derecha del Cristo?

LUDOVICO: *(Grita)* ¡Así parece!

BANDELLO: ¿Cómo el Judas?

EL ABAD: ¿Y quién es el Cristo?

PAPARONE: César Borgia.

Telón rápido.

Fin

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Velimir